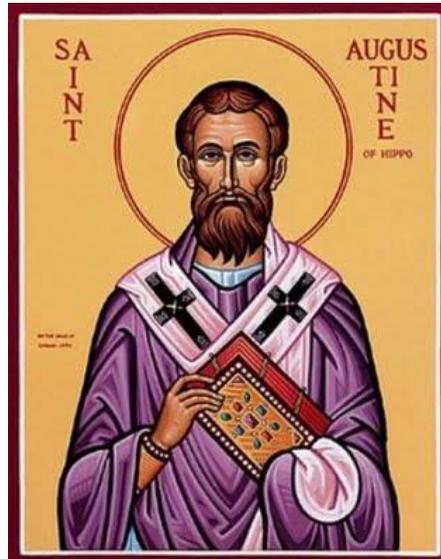


ANTOLOGIA DE TEXTOS DE EMILIO KOMAR
Fines de 2016 y 2017

1. Descansar en la verdad



"Dice el Evangelio: 'Venid a mi todos, agobiados y fatigados, y yo os aliviaré'. San Agustín interpreta esto de la siguiente manera: nos habla la Segunda Persona divina que se llama Logos, Verbo divino, la Verdad. Eso quiere decir venid a la Verdad, porque la mentira es la causa de vuestras fatigas, la mentira es muy difícil de llevar, porque ahoga la vida. Nosotros, en efecto, mental y vitalmente, estamos muy agobiados por las mentiras y falsedades que llevamos encima. En éste sentido también podríamos citar a Adler que se refiere al cansancio y el agotamiento, que las falsas estructuras,

es decir, mentiras vividas, no solamente pensadas y dichas, crean en el psiquismo humano. Entonces el hombre agota lo mejor de sus energías para mantener en el aire estas construcciones de cartón, esas ilusiones, y gasta el resto de sus energías para imponerlas a los demás, para apuntalarlas en todo momento. Y para la vida genuina no quedan fuerzas. Cuando todo se complica demasiado en lugar de volver a la verdad podamos las excrecencias de la mentira, entonces en lugar de tener grandes mentiras tenemos mentiras más bien económicas reducidas, pero en el fondo mentiras que, en cualquier momento, crecen de nuevo. Esta es la fórmula para entender la infernal

complicación de ciertas vidas contemporáneas. No se está en la verdad, no interesa la verdad." Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Sabiduría Cristiana, 2006, p.

2. El potencial energético de la belleza y el bien y la participación:



"Cuando nosotros experimentamos un valor que nos llega, nos ponemos en una perspectiva de participación, aquella cosa nos llega no solamente por fuerza propia, por lo que

tiene exclusivamente de por sí, sino en cuanto en ella se realiza verdaderamente algo divino. Todo valor, todo entusiasmo, repercusión seria, y profunda, nos anuncia algo divino y nos incita a abrir nuestra mentalidad y nuestra afectividad en el sentido de la trascendencia; nos remite a algo que está más allá. El deseo nos remite, así de manera permanente cada vez hacia algo más hondo. En una civilización con una mentalidad desdivinizada, desontologizada, crudamente positivista, en la cual no cuenta sino lo palpable, lo pesable, medible, manejable, manipulable y no hay ninguna trascendencia, el hombre encuentra las cosas chatas, chatos a sus semejantes y a sí mismo y no halla un campo de desahogo, porque no existe una dimensión de profundidad. Platón en 'Fedro', explica el tema del entusiasmo: 'entusiasmo' significa pasión divina, embriaguez por lo divino y si algo nos entusiasma es porque tiene algo divino en sí. (...) Algo es bueno, entusiasmante, impresionante, interesante, para

nosotros porque en eso que interesa, en esa belleza, en esa perfección reverbera la infinita belleza y perfección, el infinito interés del ser absoluto, es decir, de Dios" (*El tiempo y la eternidad*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2003, p. 161)

3. Ir al encuentro de ese amor



“Voy a leerles un pasaje de Guardini, sacado de un ensayo en el que habla de la santidad hoy: «El mundo se cierra cada vez más sin dejar agujeros. Cada vez más se cimienta más decididamente el mundo en el sentir de la época como lo uno y lo único. Como Naturaleza dada sin más o como Cultura o civilización o progreso dueño de sí mismo. Por eso el hombre debe volver a poner en su mirada el mundo. Mirar el mundo como por primera vez, partiendo de su origen interior. Debe aprender a leer otra vez sus formas y relaciones. Debe ver, no sólo pensar o afirmar, sino ver con los ojos que el mundo no es sólo naturaleza sino

obra de Dios. El paraíso, como ya se ha dicho, no es ningún país de leyenda, es el mundo real pero asumido en la relación de la gracia que Dios ha concedido al hombre.» [Preocupación por el hombre, Los libros del monograma, Madrid, 1965, p. 249-250]. Cuando las cosas importan, y un ser amado debe importar, una verdad nos debe importar, nuestra profesión o aquello que estamos haciendo nos debe importar, es necesario ver la esencia de las cosas y hacerles justicia. Ceñirse a lo que es, porque solamente es bello, bueno, aquello que ES,

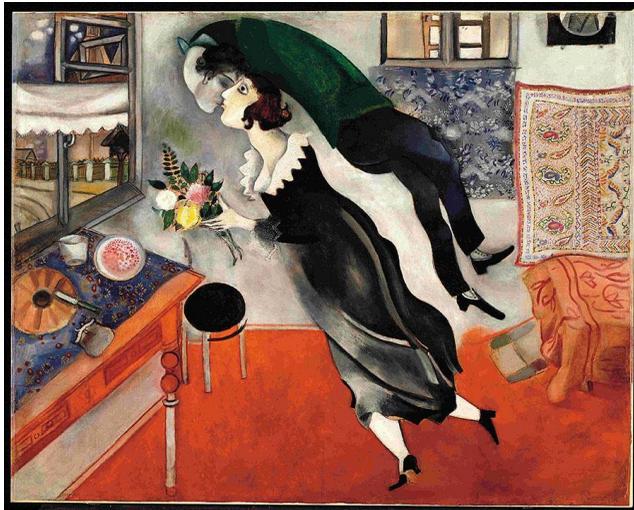
y lo que no es, es mentira. Nosotros vivimos demasiado tiempo ya en un mundo de propagandas, publicidad, proyecciones, deseos, fantasías, sueños, y hemos perdido el sentido del ser. Guardini no habla de algo menor, habla de la santidad. La santidad consiste en ver con los ojos que el mundo no es solamente naturaleza, sino obra de Dios, y darle este sentido.” [...] “Ver las cosas como son, ver las cosas nacer, como dice Lavelle, percibir en ellas su fundamental consistencia, su fundamental bondad, su fundamental rectitud, su fundamental belleza. No es que le agreguemos de afuera algo de lo que la cosa carece, sino que, dentro de ella, cuando está bien vista, hay un sentido profundo, un valor que nos abre el camino hacia Dios. Max Scheler, en *Ordo amoris*, sostiene esta idea hablando de los valores: «... amar en lo posible las cosas como Dios las amó». Dios las amó haciéndolas de esta manera, y si Dios las amó haciéndolas de esta manera, entonces nosotros vamos al encuentro de este amor. ¿Qué es la castitas? Es un profundo respeto de lo propio. Eliminar todo el estrépito que impide ver lo que es propio de cada cosa. En la Patrística Griega aparece muy a menudo el término «sobriedad» en el sentido de sinónimo de castidad, de eliminar lo superfluo.” (*El silencio en el mundo*, Bs.As. Sabiduría cristiana, 2006, p. 31-36)

4. Pensar el tiempo: Presente y presencia

“Es presente aquello que está cerca de nosotros y que en cierto sentido nos compromete. La presencia implica la movilización de nuestras potencias intelectivas y volitivas. Ese compromiso (engagement) hace que para nosotros esa cosa no sea un mero espectáculo, sino que la relación que se establece entre nosotros y ese ser, se puede llamar «co-esse». Ese otro «es» con nosotros. Este «co-esse», (mit-sein) es la característica esencial de la presencia. Ocurre especialmente entre las relaciones interpersonales, pero no solamente allí. También tiene lugar

ante los objetos de la naturaleza, un paisaje, un cielo estrellado, una pieza, un objeto de arte, etc.

Esta relación está en las antípodas de la objetivación propia del conocimiento científico, en que lo otro se reduce a un mero objeto de dominio. La presencia es científicamente indefinible. La experiencia a la que apuntamos se hace más clara si la comparamos a su contrario: la objetivación. Lo otro en una relación de presencia, jamás es una mera cosa. Podemos tener un reloj, un mueble, etcétera., que pueden ser muy queridos para nosotros no únicamente por ser una simple cosa fungible que se puede reemplazar por cualquier otra, sino porque hay «algo más».



Cuando hay presencia, lo otro vive con nosotros, y nosotros existimos con aquello (...) Cuando algo no está reducido a un mero objeto «ex - iste» (salta afuera) para nosotros.

La presencia más clara, es la que se produce entre amigos, y tiene su expresión más perfecta, más cabal en la presencia de Dios. Dios es el Otro que siempre está con nosotros, que nos acompaña. (...) La sed de dominio es una fuente de resistencia al realismo. La presencia, en último análisis es presencia del espíritu. Si un paisaje puede estar presente a mí, es, porque tiene algo espiritual. Es una belleza no tocada por el hombre y tiene un sentido porque salió de las manos creadoras de Dios; podemos no estar presentes a Dios, pero lo estamos a esa obra

de Dios. Si se trata de una belleza natural, trabajada por el hombre, como un campo bien labrado, nos encontramos también con la presencia del espíritu del hombre. Cuando nos encontramos ante una obra de arte, una artesanía, detrás de ellas está el espíritu humano. Siempre el espíritu está frente al espíritu. Ese «co-esse» es posible porque en lo otro hay algo que nos habla. En el ser presente encontramos un sentido y un valor. (...) El espíritu no es ausencia de vida. Cuando Edith Stein, -carmelita alemana judía muerta en un campo de concentración-, habla del espíritu dice: «El espíritu es sentido y vida en plena realidad; mejor dicho: es una vida llena de sentido». (Ser finito y ser Eterno, Méjico, FCE, 1986, p. 394) La presencia entonces es «co-esse», intelectual y volitivo-afectivo. Todas esas experiencias presentes a la realidad penetran en el sentido de la realidad, más y más. Tampoco podemos decir que nuestro amor es definitivo. Siempre podemos amar algo más, y nuestros caminos de penetración son infinitos. Por eso es posible mantener una amistad toda una vida, por eso es posible la fidelidad conyugal hasta la muerte. (...) Toda presencia es respuesta, y dado que es respuesta, es compromiso; (...) Fuera de la presencia hay soledad. Puede haber una continuidad física, pero no una presencia humana. Esto es profundamente envilecedor. Cercanía física, y lejanía humana. Genera un inmenso sufrimiento por el mismo contraste. El hombre es solitario siempre que no está presente. Cuando no estamos presentes no podemos estar tranquilos. La soledad no es estática, sino que se caracteriza por la fuga. O estamos presentes, o escapamos. O la cosa tiene sentido para nosotros, o si no preferimos huir. (...) Sin presencia se vive en la soledad, pero no en la soledad tranquila del ermitaño sino en una soledad insoportable, y justamente por ese carácter se intenta la huida: se corre, se escapa.» (Emilio Komar, 'El tiempo humano. Lecciones de Antropología Filosófica 1966', Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2003, pp. 29-33

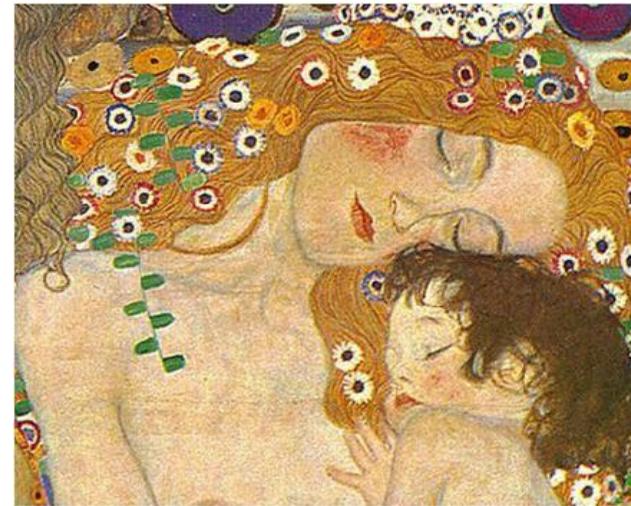
5. Pensar el tiempo: tridimensionalidad y deseo



"La vida es una propuesta, el que no tiene una actitud de aceptación de esa propuesta, tiene dificultades en la aceptación del porvenir. La memoria está al servicio del presente y del futuro. Al hombre se le hace presente el porvenir como un horizonte, como un espacio amplio. Siempre el deseo nos empuja para adelante. Es el punto de partida. La palabra 'deseo' española viene del latín

'desiderium', que en latín clásico no significa tanto deseo como nostalgia, el dolor por la ausencia de personas queridas. Etimológicamente está constituida por un prefijo: de= de arriba abajo, que es traducción exacta del 'katá' griego y significa separación. 'Sidus, sider'= estrella. De allí la palabra sideral. 'Desiderium' entonces, es ausencia de estrella, ya no se tiene aquella luz, por eso deseamos que la hubiese. Es una nostalgia primitiva que se traduce en una tendencia a alcanzar aquello. El deseo no es algo original sino derviado. Nuestro ser y nuestro corazón tienen una disposición para algo que no conocemos bien, pero que buscamos." (Emilio Komar, *El tiempo humano*. Lecciones de Antropología Filosófica 1966', Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2003, p. 87)

6. Presencias transfiguradoras de eternidad:



"La creatividad no es solamente creatividad 'poiética' que consiste en hacer cosas, es también creatividad teórica y creatividad práctica en sentido moral. Hay personas que no hacen «cosas» pero sin embargo mantienen una familia. No se sabe cómo pero mantienen la unidad por su irradiación, mientras están ellos la gente no riñe, cuando ellos se van nos

damos cuenta que hemos perdido algo esencial. Tienen una vida interior no necesariamente en sentido ascético, y fecundan el ambiente con su presencia. Crearse a sí mismo y ayudar a los demás para que haya una *autoctisis* es una empresa inmensamente mayor que toda la producción de máquinas y objetos que se ofrecen al consumo." E. Komar, *El tiempo humano*, Lecciones de Antropología Filosófica 1966, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2003, p. 136

7. “La eternidad no está lejos sino cerca, el tiempo es por participación en la eternidad. Platón dijo muy bien en el Timeo que el tiempo es como la eternidad diluida.

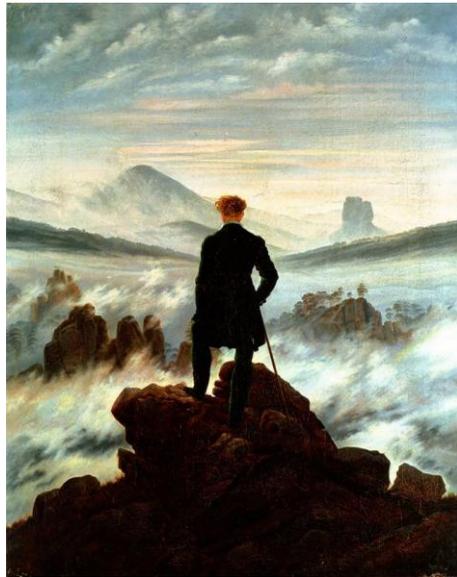


La eternidad no está en el fin de los tiempos, nosotros todos participamos de la eternidad en cuanto estamos más presentes en nosotros mismos, en los otros y en las cosas. Y podemos estar presentes en ellas cuando captamos lo divino de las cosas. Toda experiencia valoral, toda vivencia estética, musical, plástica, literaria etc., son permanentes. El haber leído una gran obra es algo permanente, es algo que permanece siempre presente. Los grandes acontecimientos, lo que nos define, siempre está presentes en nuestras vidas. Cicerón en su libro De la amistad dice que cuando ésta es auténtica los ausentes están presentes y los muertos viven. Yo tuve una curiosa experiencia, muy modesta pero interesante en este sentido. Hace unos años un amigo se fue de Buenos Aires a Europa y pasó por algunos lugares donde yo había vivido. Me preguntó si yo quería que le llevara saludos o algún mensaje a alguien, y le di una lista de personas que él fue a ver. De algunas de estas personas no sabía nada desde que había vuelto de Europa y con otras tuve un pequeño contacto a través de una postal. Simultáneamente yo visitaba a unos vecinos cada quince días, pero nunca hablábamos de algo profundo, solo cuestiones del vecindario. Cuando mi amigo estaba en Europa, casualmente no pasé por esta casa por unos meses, y cuando retomé el contacto me miraron como a un extraño. Como la relación era muy superficial, no duró. En cambio, cuando volvió mi amigo me dijo que las personas que había visitado me querían como cuando yo vivía allí, porque eran amistades

hechas de profundas experiencias compartidas, por eso eran duraderas.

Cuando hay algo hondo ya lo colocamos fuera del tiempo y, de hecho, lo está, es decir, una amistad o un amor profundos duran. Aquí, tienen una cita de Merleau Ponty que dice: “Si yo considero la cosa con atención y sin algún pensamiento, ella tiene para mí un aire de eternidad, y de ella emana una especie de estupor”. Se refiere a una cosa cualquiera desde la fenomenología. Cuando nosotros vamos a la esencia de una cosa y buscamos en ella su sentido y percibimos su valor intrínseco, participamos de lo divino. Cuando el amor es profundo el hogar es estable, es la chatura la que lo destruye, pero a la chatura nadie la percibe a pesar de que es mucho más destructiva que el alcoholismo y la pornografía. Estos incluso proceden de la chatura. La presencia, cuando aumenta en el tiempo, se acerca a la eternidad, o al revés, el tiempo diluye la eternidad y la presencia. La presencia es nombre de lo eterno y no de lo fugaz.” E. Komar, *Curso de Metafísica* 1972-1973, II: Participación y Presencia, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2008, p. 137-138

8. El silencio: Partimos de "una reflexión del gran director de orquesta italiano, Gianandrea Gavazzeni, que dice así: «El hombre se ha cansado del sonido a consecuencia de su abuso. El sonido parece aumentar en cantidad diariamente, por tanto, todos los encantos de la música parecen siempre menos intensos y el hechizo que ejerce en el corazón de los hombres va disminuyendo. Hay demasiada música en el mundo,



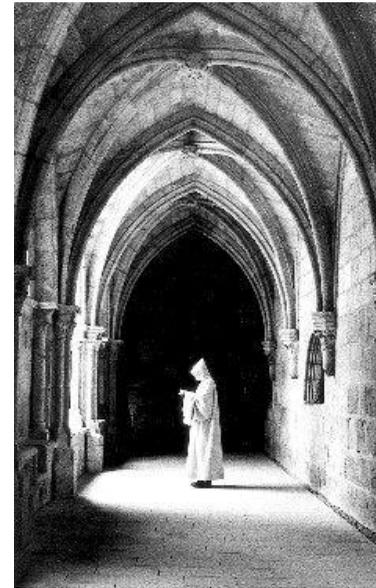
refinada y grosera, clásica y popular. Sólo el silencio podría devolver al sonido su poder, un vasto silencio guardado por todos los que tienen necesidad de la música». Este diagnóstico no vale sólo en el campo de la música. Hay demasiado ruido, estrépito en el mundo, y sólo un vigoroso silencio podrá devolverle a la vida su sentido. (...)

El silencio se debe a la palabra. Cuando alguien dice algo importante, por ejemplo, y se le presta atención, inmediatamente se hace el silencio. Hace poco escuché un concierto de los Niños Cantores de Bariloche; yo observaba al público: apenas se oyeron

las primeras notas se hizo un silencio espontáneo, sepulcral. La música era muy buena, entonces la gente quiso oír e hizo silencio. Cuando no hay nada para oír es difícil que se produzca silencio, porque el silencio cuando no hay nada para oír es una experiencia de 'vacuum', de vacío. Entonces el silencio está supeditado a la experiencia de la palabra, a la experiencia de algo que solicita nuestra atención vocalmente, lógicamente, sonoramente, especulativamente, poéticamente. De repente, trepando una montaña entre los bosques y rocas, uno sale a lo abierto y aparece allí un gran panorama; naturalmente uno hace

silencio pues siempre se encuentra algo estupendo para ver o escuchar. El silencio puede estar poblado por la palabra; no es lo contrario de la palabra sino que va de su mano. Solamente el silencio puede devolver a la palabra su poder." (E. Komar, *El silencio en el mundo*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2005, p. 7-)

9. El silencio (continuación):

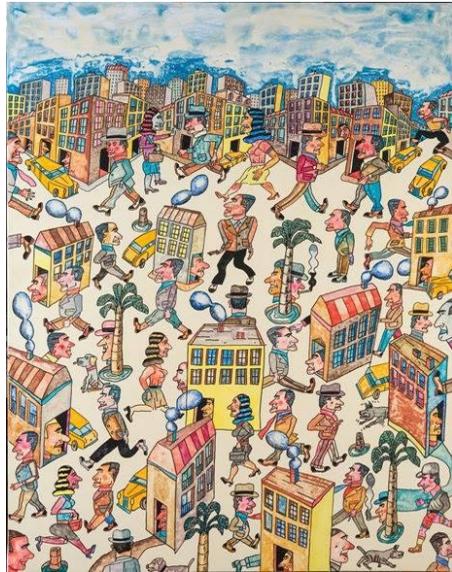


“El problema central es precisamente el de la «vida interior». Transcribimos un párrafo de un libro de espiritualidad muy difícil de conseguir, que reúne extractos de cartas de un cartujo a un amigo que estaba en el mundo, llamado 'Silence Chartreusien': «El cartusianismo descansa sobre un fondo de silencio que vosotros conocéis y amáis. En este fondo nace para cada uno de nosotros Aquél que es palabra eterna. Toda nuestra vocación está ahí: escuchar a Aquél que engendra esta Palabra y vivir de ella. La Palabra procede del silencio y nosotros nos esforzamos por alcanzarla en su Principio. Pues el silencio del cual hablamos no es el vacío ni la nada; es, al contrario, el Ser en su

plenitud fecunda. He aquí por qué Él engendra y he aquí por qué nosotros callamos.» Aquí está dicho todo lo esencial. Recordarán las palabras del Libro de la Sabiduría que son retomadas en la Liturgia de Navidad: «En el medio del silencio de la noche bajó una palabra.» ¿Y qué es «palabra»? Palabra se dice 'lógos', en griego. 'Lógos' significa pensamiento y palabra. Cada cosa tiene un sentido y es por ese sentido

que podemos comprenderla. Los seres han sido hechos gracias al Sentido con mayúscula. Para descubrirlo y penetrar en él, hace falta silencio. El sentido no se manifiesta sino en el silencio. El ruido tapa el sentido, lo envuelve y cuesta desbrozar esos envoltorios a veces muy sucios y complicados; es necesario entonces callar para descubrir el sentido.” (E. Komar, *El silencio en el mundo*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2005, p. 11)

10. El silencio (continuación):



“El silencio, entonces, no es vacío, sino todo lo contrario. Ahora bien, esto es la Cartuja, pero nosotros vivimos en el mundo y nos interesa el silencio en el mundo. Para este fin veamos un escrito de Pierre Blanchard en ‘Études Carmelitaines’: «No todos tienen la vocación de la soledad, no todos pueden irse al desierto. Sin embargo, tienen la necesidad de silencio. Este silencio no se les podrá negar. El silencio se ofrece, se da a los que, mediante una voluntad de recogimiento, mediante un esfuerzo de desapego de las cosas, descienden a la ‘celda interior’ que han construido en lo íntimo de ellos mismos. Están en el

mundo pero no son del mundo. Al lado de los demás, junto con los demás, están más realmente con Dios. Ellos realizan este ‘apego desapegado’ que es la forma suprema del amor. No es que no presten atención a las palabras que se les dirige, sino que más bien arrastran a

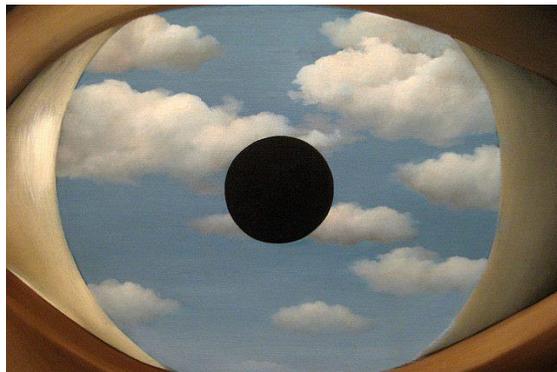
los demás a las órbitas de su silencio. Ellos liberan por medio de la libertad misma que han conquistado. ‘Yo dependía de mí, yo era dueño de mis presencias. Yo conocía mi libertad’ (Y. Lusseyran). «Ellos hablan de esa patria que han conquistado con una elocuencia persuasiva. Estos silenciosos, estos cartujos de deseo han encontrado su patria en medio de ciudades: ‘El silencio de esta pieza donde estoy escribiendo es una de las más grandes riquezas de mi vida’ (Julien Green). ‘La vida no es jamás tan hermosa como cuando nos alejamos de lo que se llama vida’ (J. Green). Los verdaderos desiertos son aquellos que hemos creado y estamos ahora defendiendo». Aquí se esboza la posibilidad de silencio interior. Esa celda interior no es necesario que sea espacial, una celda real; uno puede vivir dentro de ella en el colectivo 60 en la hora pico. (E. Komar, *El silencio en el mundo*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2005, p. 12-13)

11. El silencio (continuación): “¿Por qué tanta corrida, tantas inquietudes, tanto movimiento? Porque en ningún acto encontramos satisfacción, por eso necesitamos mucho movimiento y nunca basta. La frustración produce una gran insatisfacción. El silencio ayuda a ver las cosas. «Silencio -dice Saint Exupéry en La Ciudadela-, puerto para el barco; silencio en Dios, puerto para todos los barcos». Cualquier cosa en el silencio encuentra su objetivo y el silencio en Dios es puerto para todos los barcos porque, como dice Santo Tomás: ‘Amor Dei congregativus’, el amor de Dios unifica los afectos, los ordena, hace posible una gran convergencia; no



renunciamos a amar lo nuestro, nuestra mujer, nuestros hijos, el arte, la música, sino que el amor de Dios nos «unifica». Entonces se comprende lo que dice Max Picard, en una importante tesis de *Le monde du silence*: «El hombre que perdió el silencio, no ha perdido solamente una cualidad humana, sino que por ello ha resultado modificada también toda su estructura.» El hombre que ha perdido el silencio no capta el sentido de los seres o lo hace con dificultad, está descolocado. Porque el silencio, como dice Louis Lavelle en 'La parole et l'écriture', «no difiere de la palabra interior; donde no hay silencio no hay palabra interior». Todo es vociferación externa, apariencia. El mundo es invadido por las apariencias, de ahí que el gran filósofo contemporáneo sea Jean-Paul Sartre, que afirma que 'el ser es el aparecer,' 'l'être c'est l'apparaître'; ésta es una de las tristemente representativas filosofías de nuestra época gobernada por las apariencias.» (E. Komar, *El silencio en el mundo*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2005, p. 14)

12. El obrar:



sino dentro de los límites de sus posibilidades. El ser es acto y está compuesto de algo que está en acto y algo que está en potencia, es decir,

“Este texto es del libro sobre metafísica «Filosofía del ser» de Louis de Raeymaker, que fue director del departamento de Filosofía de Lovaina: «La actividad humana no es más que una valorización del fondo sustancial y personal del hombre, según las líneas de referencia que vinculan a cada persona con los demás seres». El hombre no se desarrolla

sus posibilidades reales. Un ser concreto es inseparable de lo que es actualmente, más sus posibilidades reales que están inscriptas en lo que él actualmente es. La valorización o la perfección consiste en la actualización de esas posibilidades, y no se pueden actualizar sino las propias posibilidades, no las posibilidades ajenas. En consonancia con esto, recuerden que toda la ética griega y clásica se puede sintetizar en dos principios: «conócete a ti mismo» y «sé lo que eres». Lo primero no es algo que se logra mediante una serie de tests muy exhaustivos, sino que es una empresa de toda la vida. Paralelamente hay que ser lo que se es. Uno, al descubrirse a sí mismo, conoce cada vez más sus posibilidades. Esto no hay que pensarlo mecánicamente. (...) Hay que probarse, y el lugar de prueba es la realidad dada, el roce con lo otro, distinto a lo que nosotros manejamos. Es lo otro lo que nos ayuda para que adquiramos conocimiento de lo que somos y de nuestras reales posibilidades.” Emilio Komar, *Curso de Metafísica 1972-1973*. Vol. II Participación y presencia, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2008, pp. 108-109

13. El obrar:

“«Praxis» significa la actividad cuya finalidad es realizar nuestro ser, es la actividad de die *Menschwerdung*, es hacerse, volverse hombre. [...] Estos tres conocimientos que también son tres actividades tienen una relación jerárquica: 1) Teoría, es conocimiento de la verdad. 2) Praxis, es aplicación de la verdad a la propia realización, lo cual es muy importante porque nadie se realiza fuera de la verdad.



3) Poíesis, es aquello que sirve para producir los bienes que están al servicio de la propia realización, porque esos bienes no son fines sino medios. En cambio, la realización de uno mismo no es un medio sino un fin. Si perdemos de vista la jerarquía llegamos a una civilización técnica, de medios, consumista, en la cual hay abundancia y no se sabe para qué. La abundancia de medios no permite orientación porque los medios se miden con el metro del fin, el fin es un metro con el cual yo mido la bondad de los medios. Un medio es tanto mejor cuanto mejor sirve a alcanzar un determinado fin, pero si la claridad del fin es nula ¿para qué sirve el medio? Entonces el medio tiene valor de por sí y como no tiene valor de fin pasa a ser algo provisorio, así tenemos un montón de cosas provisionales entre las cuales es difícil establecer una jerarquía porque faltan los fines. Esta es una explicación metafísica de la falta de fines en la juventud: no saben dónde ir. Cuando su vida deja de estar repleta de ciertos bienes, no le encuentran ningún sentido. Cuando uno ya no puede comer de todo por la edad y por esta misma razón los gozos eróticos no funcionan, si no se tiene ningún entusiasmo cultural ni vida religiosa, no se sabe qué hacer. Así uno encuentra mucha gente mayor cuya única actividad es mirar televisión.” (Emilio Komar, *Curso de Metafísica* 1972-1973. Vol. IV, Acto, Potencia, Devenir, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2009, p. 9)

14. El optimismo cristiano:

“Entonces si el primer componente del optimismo cristiano es aceptar la bondad fundamental de lo real, el segundo componente es aceptar que el hombre por su libertad puede ir contra ella y puede pecar. El tercer tema, que no es filosófico sino religioso, es la abundancia de la gracia. Donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. Pero si uno no tiene conciencia del pecado, de ser pecador, de ser débil, no puede



pedir a Dios, a la fuerza superior, que lo ayude. La condición para pedir la gracia es la conciencia del pecado.” (p. 67) “Podemos legítimamente hablar de un optimismo cristiano. La obra de la creación se ha despedazado pero los trozos son buenos, y con la gracia de Dios pueden rehacerse. Entonces ningún desorden es un total desorden, en todo desorden hay trozos rescatables. Un psiquiatra que ve una cabeza muy revuelta no puede ayudar a reparar su orden si no descubre en ella pedazos serios, buenos. Me decía una vez un psiquiatra: «Ud. no sabe cómo se pone de contento un enfermo cuando yo le descubro elementos muy buenos en sus bodrios.» El mal total es imposible. La cuestión no es naturaleza o anti-naturaleza, sino si la naturaleza se basta o no se basta. Hay que enfrentar el mal y la experiencia es que, a nosotros, a la raza humana, no nos gusta enfrentar el mal. Yo tengo esa experiencia en mi actividad profesional, una experiencia robusta, densa, espesa, acumulativa. Cuando hay un problema todos miran para otro lado y siempre aparece un alma falsamente optimista que dice «pero hay cosas también buenas en nuestro establecimiento, hablemos de otra cosa». No se enfrenta el problema, no se enfrenta la responsabilidad. Hay gente que no puede hablar de nada negativo, no porque tengan demasiada sensibilidad, sino porque en el fondo son pesimistas, cuando aparece algo serio que enfrentar miran para otro lado, y así resulta que los problemas no se solucionan, pueden evaporarse solos, pero si son demasiado fuertes producen peores problemones más adelante. La gente que sabe esquivar hábilmente es aquella que crea los mayores problemas.

Recuerdo una vez que alguien quiso enfrentar un problema, y entonces una persona mucho mayor le dijo con un tono protestón, sobrador, patriarcal: «no sea tan enfrentador». El que enfrenta no es siempre bien recibido, pero el que no enfrenta no está en contacto con la realidad, huye a la ilusión, al limbo, a los sueños, a la irrealidad, a los proyectos. Lo primero es enfrentarse con la propia miseria. La gente se resiste a reconocer su propia miseria, parten de un a priori de que ellos están bien. «Estamos bien, ¡qué me están husmeando dentro de las tripas espirituales!...» Hay que enfrentar el mal, enfrentar el pecado, la perversión. Esto es a su vez lo que condiciona el optimismo, porque si enfrento el mal necesito ayuda, necesito la gracia.» (p.87)
Emilio Komar, *El optimismo cristiano*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2012

15. "El vestíbulo de la antesala"

Pasamos frente a una casa nueva. Las ventanas están abiertas de par en par. Por la ventana observamos la disposición de los ambientes, el ir y venir de sus moradores. La casa se parece más a una recopilación de antesalas. Una antesala a otra antesala y esta a su vez, antesala de otra antesala. No hay un rincón agradable donde uno pudiera detenerse y acomodarse para una conversación amable, para pensar o bien para hacer lo que fuere con alegría y dedicación. No hay lugar donde llegar y permanecer. No encontramos ni vestigios de una cálida presencia humana. Es como si se viviera en un corredor o en una galería. Así son numerosas ciudades. Sin un centro. Sin un punto en el cual valdría la pena detenerse y mirar alrededor; donde uno sienta que está en un lugar en el cual valdría la pena permanecer al menos por cinco minutos. Casas, palacios, calles, plazas, podrían estar en cualquier otro sitio. Son espacios reemplazables como granos de trigo, porotos, piedritas o monedas. Son anónimos. Una profunda vida personal no ha



dejado sus huellas. En estas ciudades parece que todos sus habitantes son sólo pasajeros o extranjeros a quienes la permanencia en ella les abruma o turistas que tienen prisa por ir de un lado a otro -de seguir su camino- o viajeros de comercio que paran sólo por unos días. Todos se deslizan como gotas de lluvia por un ventanal sin penetrar en sus alrededores ni arraigarse en ellas. Así son numerosas universidades. Los estudiantes rodean a los profesores como si fuesen autómatas. Se detienen, realizan febrilmente unos ritos carentes de interés. Van de un lado a otro, para luego marcharse.

Entre ellos no se produjo ningún contacto personal. Todo es un amplio y complicado proceso intermedio. Hasta conseguir el diploma. Así son numerosas vidas. Hoy es antesala de mañana, mañana de pasado mañana y así sucesivamente. Me conecto con determinada persona porque me sirve, pues me relaciona con otra, ésta con un tercero que tiene un contacto con alguien muy influyente que me puede conseguir y acomodar tal posición. Los caminos no conducen a ningún lado o a cualquier parte. El tiempo es un enorme engranaje que nos mueve constantemente, nos tira de un lado para otro y nos empuja hacia adelante. ¿Dónde encontrar el motivo que ilumine el sentido de nuestro destino, que justifique nuestra tarea en la vida, nuestra misión?

“¿Mandato, misión?”- Dijo sorprendido un joven intelectual cuando oyó que en la vida nada valedero y grande puede realizarse sin la plena

consciencia de un mandato. ¿Mandato? Palabra incomprensible. Total anacronismo." (Emilio Komar, *La salida del letargo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2014, p. 91-92)

16. "El problema: sin meta.



Meta es todo aquello que no es meramente medio. Meta es aquello que vale por sí mismo, sin relación a otra cosa. Cada meta es una especie de pequeño 'absolutum'. El método, en cambio tiene valor siempre en relación con algo distinto de sí

mismo. No tiene valor por sí solo. El griego de la época de Aristóteles que no contaba con la palabra medio, se valió de la siguiente expresión para designarlo: 'tà pròs tà téle', aquello que lleva a la meta. El medio tiene valor sólo cuando lleva a la meta. Todo su valor está comprendido en ello. Comprendido y limitado. Si algún medio vale también en parte por sí solo, sin relación a la meta entonces, no es sólo medio es también un tanto meta. Una especie de pequeño absolutum. Hay también metas que reconocemos como tales, más son

por su parte nuevamente medios que llevan a otras metas superiores y más significativas.

La experiencia de la meta es, por lo tanto, la experiencia de algo absoluto que al menos en parte, escapa a las redes del relativismo general. Cuanto mayor, más ancho y profundo es el relativismo, tanto más escasa será la vivencia de las metas. ¿Por qué entonces extrañarse de que el relativismo generalizado tenga como consecuencia una desacralización de la vida y la esfera moral? Existe una gran confusión con respecto a lo que significa el relativismo. Relatividad significa para la mayoría ausencia de lo absoluto. Relativo es aquello que vale poco, que no nos fuerza a aceptarlo y nos da un amplio margen de elección. Lo relativo no limita nuestra libertad. Lo absoluto en cambio, vale por sí mismo y por lo tanto exige nuestro reconocimiento. Por ello, en un primer momento, el relativismo crea un ambiente de libertad. Y sin embargo la esencia de lo relativo no consiste en ello. La relación es contacto y por ello unión. Lo que es relativo nos liga a otra cosa. Lo relativo es en esencia funcional, subordinado, atado y por ello esencialmente no libre. Además, todo lo relativo tiene un marcado y específico sentido temporal. Nos manda hacia adelante y a otro lado. No nos permite detenernos, anclarnos, arraigarnos. Algunos ven en este transcurrir el remedio a la inmovilidad, un impulso al movimiento y un posible progreso. Esto a veces puede ser cierto. Mayormente no lo es. El constante transcurrir generalmente produce el deambular y un febril activismo, pero siempre una situación de mediocridad. Luego otra vez, el desconcierto y el cansancio. Y en esto consiste precisamente la vida sin-meta. Es cierto que lo absoluto a primera vista parece limitar a la libertad, especialmente cuando ésta se entiende como total descompromiso. Tal libertad es pura ilusión. Al hombre no le pesan las ligaduras con las que se identifica. Solo le agobian las ligaduras que no le satisfacen, a las que no ama. Al contrario, la personalidad sólo se despliega y

desarrolla en los vínculos aceptados como propios. Lo absoluto, precisamente por imponérsenos, nos revela qué es lo importante para nosotros, qué es lo que tiene valor por sí sólo sin relación a algo ulterior. Sin la vivencia de lo absoluto son imposibles las características personales que son la expresión visible de las elecciones libres. La vivencia de lo absoluto ilumina el valor de lo relativo. La meta da sentido a los medios. Todo nuestro hacer, sin esa vivencia tiene sentido solamente a medias. La verdadera libertad sólo es posible en la plena justificación de los actos y los límites o restricciones.

El mundo pragmáticamente orientado no presta atención a los planteos teóricos del relativismo. En cambio, es sumamente sensible a sus consecuencias prácticas. Entre ellas la vida sin-meta. Especialmente el sin-meta de la juventud. Más no le encuentra un buen remedio. No se trata solamente de una pasajera enfermedad de nuestra época, de un caso psicológico o de fallas técnicas en la educación. La carencia de meta (sin-meta) tiene raíces mucho más profundas. Proviene del rechazo de lo absoluto, del rechazo de Dios. Pues todo lo que tiene cierto carácter absoluto participa esa cualidad de Dios que es un ser absoluto en todo el sentido de la palabra. Al fin y al cabo, la carencia de meta (el sin-meta) proviene del ateísmo de hecho, es decir, del ateísmo práctico. Proviene de él y conduce a él. Pues, cuanto más se arraiga este ateísmo práctico, tanto más empapa el pensar y el sentir de la gente, tanto más difícil se torna una vivencia auténtica del absoluto y con ello la capacidad de percepción de los principios, de los ideales y de todo aquello que preserve el valor en las circunstancias y el constante correr de la historia. Hasta los dioses falsos pierden fundamento. Todo se mueve. La idolatría pierde energía. Ideales como el progreso, la nacionalidad, libertad, derecho, socialismo, paraíso sobre la tierra y similares sobre los cuales los padres todavía juraban, a la juventud ya no les interesan más. De los

movimientos culturales desaparece lenta y desapercibidamente todo aquello que podría tener un valor en sí. La dialéctica pragmática y relativista se expande cada vez sobre mayores márgenes. Quién protesta por la carencia de metas de la juventud dentro del pragmatismo, desconoce la ineludible necesidad con que se desarrolla este proceso." (*La salida del letargo*, Bs.As. Sabiduría Cristiana, 2014, p.94)

17. "Por nuestro propio camino"



Cuando el hombre se detiene en su crecimiento, se descuida a sí mismo y los hechos lo superan vertiginosamente, en general no lo advierte. Lo mismo sucede con grupos, sociedades, escuelas y movimientos. Hace falta un acontecimiento extraordinario, un conflicto o una crisis para tomar consciencia del retraso.

En esta revelación hay algo que rompe las paredes de la rutina como un mazazo, algo que no se tiene que los otros sí poseen, algo que no se puede y para los otros es posible. Ello hace ver dolorosamente la insuficiencia y falta de crecimiento, concentra la atención y empuja a la reacción. En esa situación generalmente cometemos un gran error. Estar al corriente de las cosas se convierte para nosotros en el imperativo de poseer algo igual o mejor que los demás. Buscamos hacer lo mismo que los otros y si no exactamente lo mismo, al menos algo equivalente. De esta manera no aceleramos nuestro crecimiento, no

avanzamos en nuestro camino, sino que en cierto modo descarrilamos. De lo nuestro pasamos a otra cosa, a lo ajeno. La continuidad se interrumpe peligrosamente, el atraso interior se torna más inquietante. De ser posible mostraríamos muy didácticamente ante el público –como los profesores muestran los enfermos a sus alumnos, en las clínicas– personas que durante años estuvieron al corriente de lo que sucedía, participaron de todos los momentos importantes y sin embargo en ellas no se encuentra una huella de formación personal. Cuando nos enfrentamos a esos casos, con una desnudez clínica a uno se le pasan las ganas de seguir engañándose. La frecuente sucesión de adaptaciones al transcurrir, pueden significar para el crecimiento personal algo completamente contrario: la inconsistencia interna y el vacío.

Quien corre detrás de los sucesos, ya está atrasado. Lo importante es ubicarse en el centro de los hechos. Que ellos ocurran en nosotros y para nosotros. Al zapatero no le duele el no estar al corriente sobre lo que sucede en la herrería y si llega a estarlo, con eso no resolvió el problema por el cual realmente sufre. En los momentos de crisis no nos duele tanto el adelanto ajeno como nuestro propio atraso. El adelanto ajeno sin embargo es realmente adelanto si es un paso más en su propia vida. Muchas veces no lo es. Entonces parece que el crecimiento se pudiera independizar ontológicamente. No se busca el desarrollo de una determinada persona sino adelanto en sí mismo. Algo parecido a lo que sucede con el confort. El confort está sujeto a las necesidades naturales, como invitación y premio a ellas. Sin estas necesidades, el confort no es nada. Sin embargo, parece que el hombre moderno tratara de apropiarse del confort en sí mismo y lo aísla químicamente para uso general, desvinculándolo de las necesidades naturales. Lo mismo ocurre en la relación causa y efecto. El efecto es fruto de la causa. Una causa débil tiene un efecto débil, una causa fuerte un efecto fuerte. Sin embargo, nos gustaría hallar alguna técnica para aislar el efecto de la

causa que lo produce. Que por ejemplo los rasgos de políticos mediocres tengan un fuerte efecto. Tal crecimiento no es nuestro ni de ellos. No incluye el crecimiento interno, ni el nuestro ni el ajeno. Semejante progreso internamente nos aleja y enajena de nuestra esencia. El mero valor social generalmente nos despersonaliza. No necesariamente lo que es convencionalmente aceptado contiene un verdadero crecimiento que signifique algún paso adelante en cualquier sentido. En momentos de crisis personal, cuando nos damos cuenta del atraso, es necesario investigar prolijamente nuestra actitud interna y externa. El verdadero progreso es posible sólo por nuestro propio camino, en la dirección de la potencialidad, de la fuerza de nuestra esencia, en la línea de nuestra profesión y misión." (Emilio Komar, *La salida del letargo*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2014, p. 96-97)

18 "*Nolite comparare*



Una simple flor silvestre tiene su propio encanto que permanece en un segundo plano cuando la ubicamos junto a una perfumada rosa y las comparamos. Lo que es más fuerte, más vivo y verdadero en la opinión de las personas, ensombrece

lo débil, menos vivo y menos reconocido. No por ello una simple florcita

silvestre tiene menos encanto. Sino que hay que primero contemplarla en sí misma en su humilde medio. Verla y vivirla. Cuando nos precipitamos a la comparación, no vemos las cosas en sí mismas sino en relación y el mayor conocimiento de estas relaciones opaca el conocimiento de las cosas tal cual son, independientemente de la comparación. De ese modo no juzgamos bien las cosas. Las juzgamos mal porque no las conocimos plenamente y no llegamos a vivirlas. El esquema de un objeto nos desfigura a otro y viceversa. No es de extrañar entonces que prevalece lo que más ha impresionado a nuestros sentidos.

También juzgamos así a las personas. Inicialmente las comparamos y les aplicamos esquemas previos. Esto nos priva de muchas vivencias valiosas y significativas. Lo mismo que en la naturaleza también en las personas los rasgos más hermosos muchas veces están ocultos. Las personas finas y profundas son discretas; no les interesa lucirse. ¡Cuántas veces sucede que en la elección de las personas llegan a prevalecer por ese motivo, gente menos valiosa y las verdaderamente valiosas son descartadas! El aprecio y el amor por algo se manifiestan especialmente cuando tenemos relación con aquello en las circunstancias más inhóspitas y débiles. El amor a la vida, por ejemplo, se muestra en el amor a los discapacitados, a los enfermos, a los niños. Si la vida sólo nos interesa cuando es imponente, fuerte o incluso brutal, nuestro sentido de la vida no se encuentra muy desarrollado. En las obras de arte los rasgos más significativos están diseminados en pequeños detalles que escapan al observador superficial. Así también en el orden orgánico lo que es más importante no siempre es visible a primera vista para cualquiera y no se percibe sin dificultad. Por ello es necesario volver siempre a las cosas mismas; es menester que la comparación sea posterior. El raciocinio no debe ser ciego para la esencia del objeto como enseñan muchas escuelas filosóficas que sostienen que los sentidos perciben, ven y reconocen y el entendimiento

sólo compara y une los datos perceptibles en esquemas y luego en sistemas. El entendimiento construye, pero no ve. Los sentidos ven, pero no construyen. El contacto directo con la objetividad es sólo cuestión de los sentidos. Al contrario, la vida del entendimiento se desarrolla un tanto separada de las cosas en sí mismas. Esto es un error fatal. El entendimiento no es ciego para las cosas. El entendimiento es el ojo del espíritu que descubre y registra el sentido interior y con el sentido, su concordancia y belleza. Todo lo que es tiene un sentido. Si no lo tuviera no existiría. Cada objeto posee su logos interno.

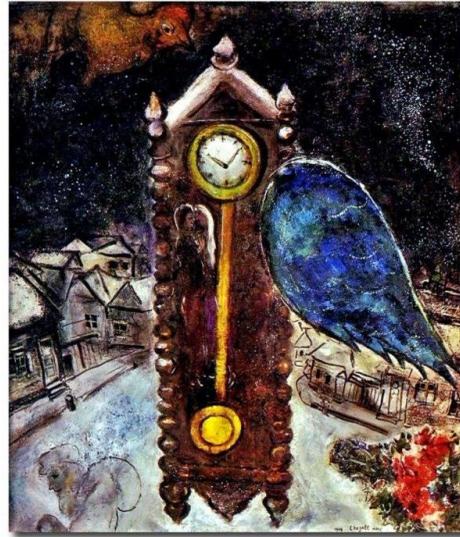
Primero hay que buscar en la cosa misma su propia explicación. Y ello no es posible sin una serena contemplación del objeto. Solamente así llegaremos a conocer su significación, sus leyes, su concordancia interna y su encanto. El valor social no debe ensombrecer el valor gratuito de las cosas. La vida sería más interesante, plétórica y también más tranquila si no nos comparáramos tanto con los demás. Si a nuestros amigos, compañeros, esposa e hijos no les aplicáramos las medidas de otros amigos, compañeros, esposas e hijos. Así, de este modo el ajeno brillo externo nos ensombrece el encanto propio de los seres que nos rodean y entre quienes se entreteje nuestro destino." (Emilio Komar, *La salida del letargo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2014, p. 104-106)

19."Tiempo con tiempo –Tiempo sin tiempo

Cuando nos aburrimos, el tiempo por así decirlo, se vacía, transcurre sin contenido. Los minutos pasan indiferentes, desnudos, sin valor y sin sentido. El aburrimiento es en esencia duración pura. Sucede algo similar con los latidos del corazón. El corazón late permanentemente pero solo esporádicamente tenemos consciencia de ello: en los momentos de espera, angustia, debilidad. Entonces, en cierto modo la latencia cardíaca se separa del total de nuestra realidad, se muestra ante nosotros como algo independiente casi ajeno. Cuando nos aburrimos, el tiempo también se torna ajeno. Sentimos como si no estuviéramos incluidos en su transcurrir. Al menos voluntariamente, no. Y si estamos obligados a hacer algo que nos aburre, dejamos que los acontecimientos nos empujen, que la mano se mueva sola, que la cabeza se mueva sola, que la lengua pronuncie sola las palabras. Nosotros, es decir nuestra verdadera personalidad quedó atrás. No toma parte de los hechos. Ella es ajena a lo que ocurre y lo que ocurre le es ajeno. El aburrimiento es enajenación.

A veces la enajenación está completamente justificada. Aquello no es para nosotros y nosotros no somos para aquello. Las circunstancias nos obligaron a estar donde no tendríamos que estar. En este sentido se puede interpretar la sentencia de Main de Biran que dice que el aburrimiento es signo de que estamos ocupando un puesto que no nos pertenece.

Otras veces la enajenación proviene de otro origen. Las cosas perdieron



su valor para nosotros. No nos fueron siempre ajenas. Al contrario, supimos vivir su fuerza de atracción y su sentido, pero éste en cierto modo se opacó. Ya no habla a nuestro corazón. Quisiéramos algo diferente, que nuevamente nos agarre, nos unifique e internamente comprometa. El aburrimiento es entonces signo de valores desgastados. A veces puede darse una enajenación más profunda y firme. Puede ser nuestro estilo de vida íntimo, una escondida estructura de nuestra acción. No nos queremos vincular. Y como no se puede vivir sin vincularse nos ligamos solo a lo pequeño, a lo superficial. Una especie de donjuanismo. Amores cortos, de un solo día y luego adelante y a otros lados. Interesantes cambios y pintorescas diversidades ocupan nuestros sentidos. De tiempo en tiempo despertamos y es cuando nos damos cuenta de nuestra enajenación de las cosas que nos rodean. El tiempo transcurre sin nuestra intervención. Corre solo como un tren vacío. Nosotros no lo llenamos con nada. Esta enajenación es en esencia doble: las cosas nos son ajenas y nosotros a ellas. Si solo las cosas nos fueran ajenas, seríamos como enamorados que no encuentran comprensión en la persona amada. No podríamos todavía hablar de una verdadera enajenación. Pero sí solo nosotros fuéramos ajenos a las cosas sería lo mismo que en el caso anterior. Bastaría que alguien nos mostrara las cosas que por sí solas no nos son ajenas de un modo tal que se nos presentase repentinamente su no enajenación de tal manera que nos conmoviese su no-extrañeza y nos diésemos cuenta de que nos son significativas. Entonces sería el fin del aburrimiento. Distinto es, cuando las cosas no nos significan nada, ni nosotros significamos algo para ellas. El hombre se aburre sólo cuando toma conciencia. Esto significa, que no hay aburrimiento sin claridad, sin, aunque sea una modesta reflexión. Frecuentemente esta reflexión se nos impone, nosotros quisiéramos tener una menor lucidez, hubiésemos querido encegarnos un poco. Nos hubiera agradado la penumbra, pero salimos a la luz del sol. Por eso el aburrimiento se cura muchas veces

en el sentido contrario: de la luz a la penumbra e incluso a la oscuridad. O de la soledad al griterío. Porque la soledad es luz. Luz insoportable. Hay muchos tipos de soledad. La peor es cuando no nos queremos vincular con nada, anclar en nada, enraizar en nada. No queremos saber nada de ella, pero se planta ante nuestros ojos cuanto menos lo esperábamos y nos hace temblar de angustia. El aburrimiento nos guía hacia la angustia, no porque sea aburrimiento, sino porque es la señal del distanciamiento y finalmente de la soledad o mejor dicho, del aislamiento.

La soledad más saludable es el silencio. El silencio sin griterío. Sin las cosas que nos distraen, que dispersan nuestra atención. En ese momento todos los seres se muestran más fácilmente, tal cual son en realidad. En cualquier aburrimiento siempre hay algo de esta o de aquella soledad. Si el aburrimiento es, por lo menos en parte, el resultado del conocimiento de sí mismo, probablemente no siempre esté bien resistírsele. Especialmente si nos resistimos a él a cualquier precio. Con esto estamos lejos de afirmar que debemos estimularlo. Pero no debemos rechazar todas las oportunidades para confrontarnos con nosotros mismos y con las cosas que nos rodean. ¿Somos nosotros para ellas y ellas para nosotros? ¿Por qué? El aburrimiento es la experiencia de la separación y la experiencia del vacío producido por la separación. Esto significa que no podemos vivir sin la experiencia del contacto, sin la integración de las cosas y de los acontecimientos, sin la aceptación de los vínculos interiores que son los caminos de nuestro crecimiento. El tiempo que nos es dado, es el tiempo de nuestra vida, de nuestra realización, de nuestro destino. Este es nuestro único tiempo, humano, personal e irreplicable. No es una medida física de duración. No es un tiempo industrial, productivo, estándar. Cuando no lo vivimos, no lo experimentamos, el contenido de sus valores y su sentido se desvanecen, y aparece el aburrimiento, la pura duración, y el tiempo se hace verdaderamente «largo»." (Emilio Komar, *La salida del letargo*,

Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2014). Nota: el título original en esloveno juega con las palabras "čas" (tiempo) y "dolčas" (aburrimiento; etimológicamente: tiempo largo)

20. "Amathía



Recordemos el texto de Horkheimer (1) mencionado en una oportunidad anterior en el que alude a Kant quien sostiene que el mal radical consiste en que el hombre sabe cuál es el bien y sin embargo hace lo contrario, el mal. El progreso de la civilización tal como lo entiende, por ejemplo, el progresismo del Siglo de las Luces, consiste en llevar las luces a todos lados, en particular al pueblo. De modo que no puede hablarse de progreso si éste no es un progreso de conocimientos divulgados, difundidos. Pero la divulgación del conocimiento implica la difusión, como parte del conocimiento, de lo que es el bien, de lo que es bueno. Avanzando el conocimiento avanza igualmente, el conocimiento de lo que es el bien. Esto indica que hay mayores posibilidades, debidas al progreso del conocimiento, de hacer el bien. Ahora bien, si la humanidad sabiendo más sobre lo que es el bien no lo practica entonces, el progreso, que es aumento de posibilidades de hacer el bien, se convierte en un aumento de posibilidades de hacer el mal. La humanidad si no se hace mejor se hace peor. Este es el planteo de Kant al cual Horkheimer agrega algo más, porque si se conoce el bien, pero no se lo practica, se vuelve necesaria una intelectualización o racionalización. Se necesita una justificación, que es una falsificación, algo que no es verdadero se lo

revoca de manera tal que pueda calmar la conciencia. Pero esto implica una regresión. Cuando se conoce el bien y no se lo hace se vuelve necesaria una racionalización que en el lenguaje de Platón tiene un nombre muy interesante: «amathía», que se traduce por indocilidad o ignorancia. Por eso para Sócrates todo vicio es ignorancia. De aquí sacan algunos una conclusión apresurada: en el fondo el desorden es ignorancia, hay que difundir las luces, ampliar la información, fundar escuelas. Esto es falso y así no es como Sócrates lo pensó. Hay por otra parte, quienes critican a Sócrates y sostienen que el mal no tiene nada que ver con la ignorancia: una cosa es el mal y otra, la ignorancia. El que obra mal no obra por ignorancia y el que es ignorante no comete el mal, puesto que no ve lo que debe hacer. Sin embargo, el término ignorancia se mantiene firme tanto en Sócrates, Platón, Aristóteles como en Santo Tomás, que dice que no puedo haber pecado sin cierta ignorancia en el intelecto. Hay que revisar el concepto de «amathía-ignorancia» y ver cuál es su verdadero significado. En la traducción de la "Paideia" de Jaeger (FCE, 1980, que tiene también muy buenos comentarios sobre Platón), el traductor tradujo «amathía» por incultura. La traducción no es del todo mala, porque a quien actúa así le falta la formación o no quiere alcanzar la formación y, entonces, se podría decir que hay incultura como falta de formación. Para nosotros, hoy, ignorancia significa ausencia de noticia, ausencia de información. Ocurre que ya hemos sido deformados por la mentalidad iluminista que identifica conocimiento con información. El conocimiento es algo mucho más profundo que la simple posesión de la noticia que el estar anoticiado. Nos hemos acostumbrado a identificar la información con el saber y el saber es más que la información. La información es sólo comienzo del saber, una apariencia, por la que podemos llegar a lo que aparece.

En "Las Leyes" de Platón hay un pasaje muy importante (688c y ss). "Las Leyes" es una obra de la madurez de Platón donde habla del

derrumbe de Esparta. Esparta es el segundo Estado griego después de Atenas. Esparta es un Estado muy eficiente y disciplinado con gente hábil en el uso de las armas. Cuando Platón escribía otra gran obra, anterior a "Las Leyes", "La República", criticaba entre líneas el espíritu del Estado espartano y pronosticaba su próximo derrumbe. Cuando escribe "Las Leyes" el derrumbe ya había ocurrido. Platón se pregunta cuáles han sido las causas de este derrumbe: ¿Ha sido la ineficiencia de los gobernantes? De ninguna manera. ¿La disciplina de los ciudadanos? De ninguna manera. ¿La poca pericia militar? De ninguna manera. ¿Qué entonces? Una gran ignorancia de los asuntos decisivos de la vida humana. ¿En qué consiste esa ignorancia? Precisamente en ver aquello que está bien y no hacerlo y no darse cuenta lo que significa semejante discordancia. La ignorancia en cuestión es un ignorar deliberado, un no querer ver esta discordancia. Por eso quienes no tienen orden dentro de sí no pueden ser gobernantes y aportar al Estado. Aunque en Esparta la disciplina externa era perfecta, en los corazones de los que gobernaban había pasiones que gritaban contra las potencias superiores, contra la razón de esos gobernantes: por la falta de unidad en su ser se ha destruido la unidad del Estado. El que no ha establecido ese acuerdo dentro de sí va a ser destructor de su obra, destructor de la República. Esto lo cito para que vean lo que significa el término «amathia-ignorancia», es decir, no querer ver aquello que de veras es bueno. El potencial destructor de esta ignorancia es enorme.

En la línea bíblico-griega, en el pensamiento patrístico-griego, en el pensamiento escolástico, hay grandes coincidencias en este punto. El hombre para poder obrar mal necesita no ver claro, embarullar la situación. De manera que la primera defensa contra el desorden moral es la claridad de visión que permite claridad opcional, ver lo que es necesario hacer. Todas las tentaciones, intromisiones del mal en el hombre, en los grupos humanos, empiezan por generar confusión,

borrar los contornos, confundir los planteos, porque recién entonces es posible adoptar falsas decisiones. No por ignorancia en el sentido corriente, por error, sino por una ignorancia que en cierto sentido es consentida, es previa, y que en cierto modo ya es caída, anticipando ya la mala opción. A renglón seguido uno no quiere ver en sí mismo el causante, la causa del mal, y se lava las manos. Es así que el acto propiamente malo, es decir, ver el bien y hacer el mal, está precedido por una confusión, por un no querer ver y entonces un no ver, una «amathía» y luego se continúa con un lavarse las manos y no aceptar la responsabilidad. Esto pasa casi en todos los casos. Lo mismo sucede en la prehistoria del mal tal como está relatado, en el Génesis. La serpiente, que es el diablo, tienta a Eva. No le propone concretamente la rebelión contra Dios, sino que empieza confundiéndola, y le dice: «¿Es verdad que Dios les prohibió comer de todos los árboles del Paraíso?». Ya esto es mala fe, y Eva, en lugar de rechazar esa confusión, dice que no, no es que no puedan comer de todos, pueden comer de todos, excepto de uno. Ya Eva entra en la conversación. No se puede decir que acepte el planteo, pero entra en conversación. Luego la serpiente pregunta a Eva: «¿Por qué les prohibió comer de ese árbol?» Eva responde: «Porque si comemos de ese árbol vamos a morir». La serpiente replica que no van a morir. Dios sabe que no van a morir, sino que van a adquirir el conocimiento del bien y del mal y van a ser iguales a Él, y es por eso que no los deja. El estímulo va dirigido a la soberbia, a la envidia. Eva peca primero espiritualmente y luego mirando el árbol, el fruto prohibido, le resulta lindo a los ojos y agradable para comer. Toma el fruto, lo come y le da a Adán que come también; así adquieren el conocimiento del bien y del mal, que es la experiencia de la ruptura de la obediencia a Dios, y por eso ruptura con el orden natural y divino. Adán y Eva culpables, solos con su conciencia, necesitan cubrirse; se sienten desnudos, necesitan taparse, ocultarse. Se cubren con hojas y escapan entre los árboles, pero Dios

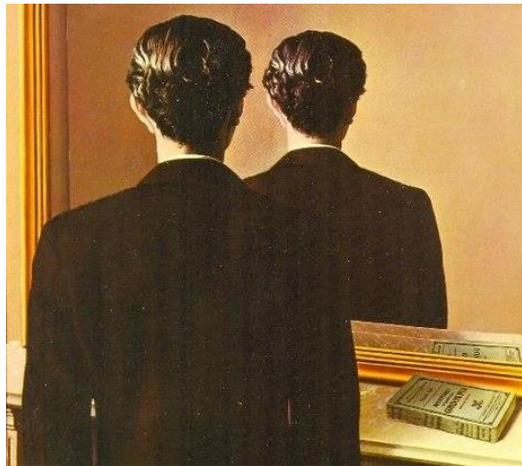
va allí y los encuentra. Entonces Adán dice a Dios: «Estaba desnudo y me escondí». Dios le pregunta: «¿Cómo sabías que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol prohibido?». Adán responde: «Si». Dios le pregunta: «¿Por qué has comido?» Y Adán en lugar de decir por qué había comido, responde: «Porque la compañera que Tú me diste me dio de comer». La culpa la tiene Dios, no Adán. Dios se dirige luego a Eva y la interroga: «¿Por qué comiste?». Eva responde: «Porque la serpiente me dijo», es decir, yo no tengo la culpa. Con esto empieza la historia ética de la humanidad. Primero es la gran confusión, las cosas no son claras, entonces la «amathía», el no ver, el sacar la verdad del horizonte y embarullar los términos. Después el rechazo de la responsabilidad.

[...] Pero la fuerza de la verdad es tan grande, que es difícil en presencia de la verdad obrar mal. Algunos dicen que esto no es posible, yo, en cambio, creo que no es imposible, aunque sea muy difícil. De acuerdo con esto podríamos decir que la primera norma sería: planteos claros. A su vez el no ver claro impide orientarse, y esto es un anticipo de la tercera fase que es lavarse las manos, no enfrentarse consigo mismo y no aceptar responsabilidades. Habría que preguntarse hasta qué punto ciertas inmadureces no son en el fondo consentidas, porque la inmadurez es un no querer ver, no aceptar responsabilidades. Siempre se ha dicho en la pedagogía tradicional, en la buena pedagogía, que el hombre madura enfrentándose con la realidad. Este enfrentamiento primero es cognoscitivo después moral: aceptación de la responsabilidad.” (Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2006, pp. 20-24)

(1) “Dice Kant que lo radicalmente malo en nuestra naturaleza humana consiste en que el hombre es el único ser vivo que conoce el bien y, sin embargo, hace el mal. Por lo tanto, si existe un progreso de la civilización, éste acarrea necesariamente el hecho de que el saber, dentro del cual se cuenta asimismo el saber del bien, inmanente a todo

otro saber, se difunde entre los hombres. Un número mayor de personas se halla en condiciones de tener un conocimiento mayor y más claro del bien que en las fases bárbaras de la historia. En la medida en que con ello no se eleva la acción del bien y la condición moral entre los hombres, cuando menos en la misma proporción, el progreso significa a la vez «eo ipso» una regresión moral, un incremento del mal.” (Max Horkheimer, Apuntes, Caracas, Monte Avila, 1976, p. 110)

21. "Valor y vigencia"



El contacto con la realidad es contacto con el ser real, con lo que de veras existe, con algo firme y no ilusorio. Sí la realidad fuese solamente un conjunto de hechos en los cuales no encontramos ningún sentido, sería difícil entonces, hablar de la verdad. Si fuese un conjunto de hechos tomados empíricamente, nominalísticamente, carentes en sí mismos de orden, de jerarquía, de sentido, obligaría al sujeto a elaborar una jerarquía para aplicarla a esta realidad, y poder así organizarla desde afuera. Pero aquí no conviene hablar mucho de verdad, porque la verdad ha sido fácticamente construida y, como tal, de poca importancia. En efecto, a esta verdad fáctica, se la podría modificar un poco más, se la podría organizar en otro sentido ya que en sí misma carece de un modo de ser propio. [...] Donde hay sentido hay valor y donde hay valor hay sentido.

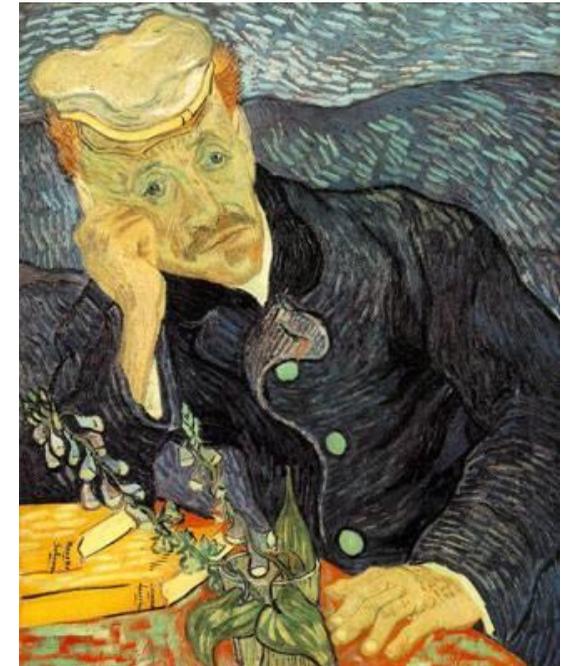
Pongamos en lugar de valor la palabra vigencia, porque valor es aquello que vale, que es vigente para nosotros o para los demás. Resulta, entonces, que el conjunto de sentidos en el cual vivo es también el conjunto de valores, de vigencias. Sí, no veo el sentido de las cosas, ni su valor, mi mente carecerá de alimento, no se desarrollará, no vivirá, y mi voluntad y mi afectividad no se sentirán estimuladas por la atracción de los valores. Se creará, si es lícito decir así, un problema energético: todas las cosas serán medios para mí, y el único valor, quizás, que surgirá en ese desierto de valores, seré yo mismo. El único valor será el yo, y éste se constituirá en único fin. Ahora bien, sucede que mientras soy joven este egocentrismo puede encontrar suficiente respaldo neurofisiológico, pero basta que me pase algo para que este palo central de circo, que es el «monovalor» de mi yo, se desplome y con él todo, porque no habrá otro valor que pueda sostenerme. Cada perjuicio que recibe mi único valor adquiere proporciones catastróficas, apocalípticas, porque ha sido golpeado lo único que tiene valor. Por eso la verdad de las cosas es también para mi fuente de energía, fuente de vigencia, porque me libera del desierto del «monovalor». [...] Como el alma anhela el ser, lo verdadero, la pérdida de la verdad lo deja a uno en el aire. La voluntad profunda, la «voluntas ut natura», de la que hemos hablado, es una tendencia al ser, a la unidad, a la verdad. Si no vamos a la unidad, a la verdad, al ser, ese impulso primitivo fundamental no llega a su objetivo. No es que en el hombre se produzca una disminución de energía, sino que, si se me permite esta expresión, en el hombre deja de «drenarse» esa energía. Solamente una verdad real, un valor real genera esa energía. Cuantas veces se comprueba que en una persona indiferente se produce la ruptura de esa indiferencia cuando se presenta algo que le llega hondo, que coincide con una tendencia real suya, y se produce el encuentro de un ser real con otro ser también real. No es, entonces, que se haya inyectado una energía de afuera, sino que se ha conseguido que la energía brotara hacia

afuera, lo que es distinto. Cuando los objetivos no son verdaderos, no son existentes, no son reales, se crea este problema de energía fundamental porque la primera voluntad que posee la naturaleza es voluntad de ser, de verdad. [...]

El título de esta charla es "La verdad como dinamismo y vigencia". Dinamismo significa que hay una tendencia, una voluntad que busca permanentemente la verdad. Que el hombre, por más que no quiera saber nada de la verdad, no puede sino buscarla. Pero vista la interioridad desde afuera del hombre, como mirando hacia adentro suyo, lo que es verdadero, es vigente en él y lo que no es verdadero no es vigente, no tiene ninguna consistencia. El hombre no crea el mundo de la nada sino que amplía la Creación Divina, la explícita. En la medida en que se ilusione y viva en el aire, puede resistir un tiempo, pero a la larga su personalidad se desploma porque no puede sostenerse fuera de la verdad. La verdad es una vigencia, lo que de veras es vigente; las puras modas y los puros usos sociales son falsamente vigentes. Si tomamos la vigencia como un aspecto objetivo y el dinamismo como un aspecto subjetivo, como un curso, una tendencia, entonces se clarifica la afirmación acerca de que la verdad debe ser entendida en su doble aspecto, como dinamismo y como vigencia. El dinamismo de la verdad es un dinamismo como cualquier otro, pero mucho más profundo, y, por el lado del objeto, la verdad es la firme vigencia sobre la que se puede apoyar y lo que se impone en virtud de su mismo carácter. Lo que el hombre necesita es descansar sobre algo, estar seguro. Por eso busca la verdad en el conocimiento científico, religioso, político. Quiere llegar a la vigencia porque todos los envoltorios, los embellecimientos, se caen y no interesan. En el fondo al alma humana le interesa el ser, desea el ser, «ontos on», lo que de veras es. Esto es de una superlativa importancia y si lo aceptamos, encontramos un medio para orientarnos." Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2006, p. 24-27

22. "Frustración"

Precisamente por querer ver puedo equivocarme, aunque el que quiere ver tiene menos posibilidades de equivocarse. Tiene menos posibilidades de caer en el error, en el engaño y por eso corre menos peligro de frustración. Frustración significa originalmente «engaño», pero a veces se le da un sentido, por decir así, «energético», como cuando a un individuo lleno de energías le ocurre que no puede realizarlas, encontrarles salida. Aquí la frustración sería un problema de energía que no pudo encontrar salida. En este modo de ver realizarse significa, sobre todo, salir, expresarse. Sin embargo, frustración viene de «frustra», que en latín significa «en vano», «en balde»; y «frustra» viene de «fraustra» que a su vez viene de «fraus», es decir «fraude», «engaño». En la frustración hay ante todo engaño, es decir, que la realización de un impulso, de un deseo, de una volición está vinculada estrechamente al acierto y que, si no hemos acertado, nos hemos frustrado. Entonces no es solamente un problema de impulso, de energía, de tendencia, sino también de adónde va este impulso, si va al centro, si está acertado o está desacertado. La frustración tiene mucho de desacierto. El desacierto es absolutamente inevitable si la realidad acerca de mí no me interesa, pues de esta



manera pierdo de vista lo que me conviene. La elección entre varios valores, su comparación, es posible sí tengo claro qué es aquello que de veras quiero. Si no conozco la verdad acerca de mí mismo, no puedo decidir bien. El conocimiento de sí mismo es una sólida valla contra la frustración, contra las críticas extremas y produce no ya insensibilidad, pero sí una cierta independencia frente al qué dirán. Cuando sé lo que he dicho, lo que he pensado, me siento calmo tengo la conciencia tranquila, pero si no me acepto, si huyo de mí mismo, si no quiero aceptar ciertas obligaciones, entonces voy camino a la «amathía», a la ignorancia querida. Conocerse no es una cuestión intelectual solamente, es también una cuestión volitiva, de carácter, de formación. El conocimiento de mí mismo lo adquiero en la vida; nos estamos conociendo todos los días. Toda la vida ética está marcada, entre dos principios. Uno es el «Conócete a ti mismo», inscripto en el Oráculo de Delfos, en Grecia, y del cual hizo un programa de filosofía Sócrates. Hay que entenderlo dinámicamente: conocerme siempre más y mejor. Es el punto de partida de toda vida ética, de toda realización personal. El segundo dice: «Sé lo que eres». Es del poeta griego Píndaro. Sé actualmente lo que ya eres potencialmente. En la medida en que nos estamos conociendo como somos, tenemos que realizarnos." Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs.As. Sabiduría Cristiana, 2006, p. 30-31

23. "Perfección"

El hombre bueno es un hombre perfecto. El concepto de lo perfecto ha quedado recubierto de polvo y olvido en los últimos siglos. Es muy difícil decir qué significa «perfecto», qué es la perfección moral. Todo esfuerzo ético es un esfuerzo de perfección. Los términos que significan virtud moral significan en el fondo perfección, son términos positivos, de

realización. Piensen ustedes en una semilla que tiene en sí toda la carga de la planta que puede salir de ella. De una pequeña semilla puede salir una gran planta. Esta planta está potencialmente en la semilla. Si la semilla es de naranjo no va a salir ni eucaliptos, ni lechuga, sino que va a salir naranjo. Esto es muy sencillo, pero se pierde fácilmente de vista. Debo saber qué soy para saber qué puedo hacer, para que mis talentos se realicen. «Perficere», viene de per-facere, en latín. «Facere» es «hacer» y «per» significa «a través, hasta el fondo». Por ejemplo, una montaña se perfora de un lado a otro. Perfección significa hacer hasta el fondo, realizar hasta el fondo las posibilidades, acabar algo y no dejado a medias. El Evangelio dice: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial», es decir, que hay que imitar a Dios, que es el ser perfectísimo, realización absoluta desde todo punto de vista. El hombre necesita llegar a lo alto, pero no puede ser perfecto si no lo es en su línea. Tiene que elaborar su rostro, explicitar sus posibilidades, no las de su vecino. Es una enfermedad seria la de imitar modelos, la de imponerse modelos inadecuados. La Iglesia propone a los hombres, por su larga experiencia, muchos modelos diferentes de espiritualidad y perfección, por ejemplo, en sus santos. No cualquier tipo de espiritualidad puede convenir a cualquier tipo de carácter. También hay países que no quieren vivir su vida, sino que imitan modelos extranjeros. El prestigio de una gran cultura, por un lado, la vanidad, por otro, además la falta de convicción y la falta de aceptación de sí mismo, llevan a la aceptación precipitada del modelo prestigioso.



Madame Stäel cuenta en su libro "De la Alemania" la ceguera del rey de Prusia, Federico el Grande, con respecto a la incipiente cultura alemana. Fijado en el modelo de la cultura francesa no veía que en aquella época la cultura alemana empezaba a surgir y ya tenía expresiones importantes, como por ejemplo Lessing, que en el fondo compartía las ideas de Federico. Pero éste no lo tomaba en serio, lo marginaba, porque no creía en la capacidad cultural de los alemanes e imitaba el modelo francés. Faltaba algún decenio para la asombrosa eclosión de la cultura alemana: la época de Goethe, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, que puso en segundo plano a la cultura francesa. Pero Federico no se dio cuenta; le chocaba hasta el lenguaje alemán y hablaba francés (estaba a punto de sacar una ley obligando a los alemanes a agregar una o y una e a las palabras duras). Esto no es sólo el caso de Prusia. En el fondo no se puede ir contra el ser de uno y aquí aparece el problema de la verdad: si estamos fuera de la verdad, estamos fuera de la realidad. Nuestra astucia hace un cálculo errado cuando dice: «Yo miento para los demás, pero piso tierra firme». Si ando entre ilusiones y mentiras para con los demás, pierdo paulatinamente la verdad y la libertad y en lugar de estar en la realidad, termino instalándome en colchones de sueños, ilusiones y mentiras. Si no quiero la verdad, ésta se me va a escapar y no es cierto que cuando se me antoje llamarla, ella estará allí. Evidentemente lo que no es real no es susceptible de crecimiento. Si no colaboro con la verdad, se detiene el crecimiento. Si yo no soy doctor y no tengo vida doctoral es inútil que perfeccione mi máscara doctoral. Puedo pulir mi falsa imagen, pero va a ser dura, inmóvil, no va a crecer. Puedo crecer cuando mis esfuerzos colaboran libremente con algo que es previo y también natural. De allí la enorme importancia de la aceptación de sí mismo, del descubrimiento de la verdad. Sólo en esa línea puedo vivir éticamente y perfeccionarme." Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2006, pp. 32-33

24. "Estar en el centro o en lo propio"



La moral realista es, ante todo, no represora. Es represora, en cambio, la moral exclusivamente social. Eso no quiere decir que la moral realista tradicional no exija mortificaciones, porque es necesario podar todo aquello que se desvía, no para que

no haya mucha vida sino para que abunde la vida. La mortificación está al servicio de la vivificación. Todo esto fuera de la verdad de sí mismo no tiene sentido porque no puedo desarrollar talentos que no tengo. Saber lo que soy no es cuestión de días, ni de semanas, sino que es cuestión de toda la vida. Tengo que ubicarme cada vez mejor y con eso logro mayor seguridad, me instalo cada vez más en mi interior y puedo crecer desde mi mismo. En esto ayuda mucho el amor auténtico, porque cuando nos amamos de veras, o nos aman de veras, cada acto de amor nos coloca en el justo lugar, en nuestro centro, nos ayuda a ser lo que somos. Esto vale también con respecto a los demás: les ayudamos a ser lo que de veras son. El amor es expresión de que queremos que sean como son. Adler llegaba a la conclusión de que el chico mimado tiene los mismos defectos que el chico abandonado porque en el fondo su ser en tanto tal no es querido. En cambio, al ocupar nuestro justo lugar nos sentimos cada vez más seguros, podemos crecer. Por lo tanto perfección también es liberación, realización. La inmadurez es, en el

fondo y a menudo, descolocación. De allí la importancia de la aceptación de sí mismo y de la seguridad que brota de ella. Cuando no estamos seguros, estamos inciertos, con mala conciencia y cualquier cosa fuerte de fuera nos causa perjuicio. Esto también es válido para la vida cultural nacional. La primera medida contra las injerencias indebidas es vivir la propia vida. Es inútil luchar contra los abusos, las malas influencias, si uno no vive su vida. No se puede imitar en lo esencial, uno tiene que vivir su vida. Cuando estamos instalados en lo propio podemos medir mejor nuestras reacciones afectivas. Pero si uno está mal ubicado en lo central, basta muy poco para quedar desequilibrado, para exagerar reacciones afectivas que tampoco pueden diferirse. Sin embargo, se puede quitar aquella falsa intensidad afectiva, que no es intensidad afectiva debida a la cosa que nos afecta o a la respuesta con la cual respondemos a aquella cosa, sino que se debe a una esencial descolocación central. Cuando estamos bien ubicados, podemos ver lo otro tranquilamente. La comprensión de lo propio y de lo otro exige una alta movilización de la propia energía, de modo tal que no la puede hacer nadie que no esté bien colocado en lo suyo. Sin verdad no podemos vivir porque sin ella nos movemos sobre terreno falso. En Santo Tomás hay una frase que dice: "los buenos vuelven con alegría a su propio corazón". El que no se enfrenta a sí mismo no puede volver a su propio centro, forzosamente tiene que estar en la periferia, huyendo de sí mismo. Por otro lado, el que miente sabe cómo es la verdad y dice lo contrario, entonces, dentro de sí mismo, donde está su corazón, donde está su conciencia, no puede mentir. Necesita salir afuera para encontrar gente que aplauda su mentira, que se dejen convencer por ella. La mentira es necesariamente social, dependiente del qué dirán. La verdad, en cambio, habita en lo propio. El prototipo bíblico del pecado es la mentira; el diablo, Satanás, es el padre de la mentira y el primer homicida, dice la Biblia. El mentiroso tiene que sacar del horizonte aquello que le molesta, es decir, tiene que ignorar,

a sabiendo ciertas cosas. Se trata de lo que Platón llamó «amathía». Cuando cierta presencia molesta sobremano se puede llegar a suprimirla. Así de la mentira se puede llegar al homicidio. Caín mató a Abel porque su presencia lo molestaba. El hombre que miente es malo y por eso no puede volver con alegría a su corazón; huye, no está instalado en sí mismo. El corazón es una palabra metafórica que significa el centro de incitativa de la personalidad, es el yo o la integridad en la cual la persona está instalada y en la cual uno se refugia. El que no aguanta verse tal cual es no puede volver con alegría a su interioridad, no aguanta la soledad y si está solo está con fuga de ideas, con sueños, viaja y no está presente de veras ni a sí mismo, ni a los demás. Blaise Pascal dijo: «Acaso todas las desgracias del mundo provienen de un solo hecho: que el hombre no aguanta en su cuarto». Con otras palabras, no aguanta su propia verdad. En el fondo uno siempre busca la verdad, porque solo lo verdadero es vigente y atractivo de manera plena. [...] Cuando alguien ya se instaló, se aceptó, no necesita aprobación exterior para sentirse bien, en cambio cuando no está bien ubicado en su interior, necesita el apuntalamiento exterior, que nunca es suficiente. Esta siempre a merced de lo que dicen afuera, no tiene verdadera independencia, no puede actuar bien, no puede tomar decisiones porque siempre va a depender de lo que dicen exteriormente. Y aun conformándose a lo que de fuera dicen no puede estar satisfecho porque no eligió lo que de veras le correspondía, no siguió su verdadero interés. No es que haya que independizarse del medio social, sino que un conjunto de vínculos de dependencia enfermizos no crea sociedad en sentido verdadero. La primera medida de una «política» social es procurar que haya sanas personalidades. " (Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2006, pp.33-36)

25. "Conversión a la verdad"



Cuando hablamos de la conversión vemos que es necesario un cambio de actitud en el hombre, que necesita ese esfuerzo pedagógico, esa pedagogía curativa, ese cambio profundo, que no se le puede dar por medio de una receta. ¿Pero a qué se convierte? Fundamentalmente a la verdad. Tiene que salir de sí mismo para encontrarse, salir de su encapsulamiento. Habíamos hablado de dos actitudes cognitivas fundamentales: una, dominante, que es

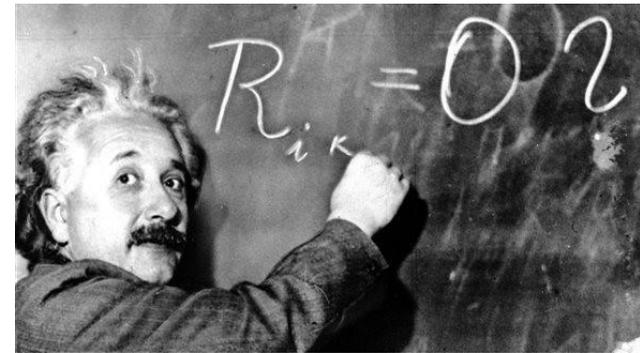
la de Kant, donde «la razón debe presentarse a la naturaleza llevando en una mano sus principios, los únicos que pueden dar a la concordancia de los fenómenos la autoridad de leyes. La razón pretende instruirse ante la naturaleza no como un escolar que se deja enseñar a voluntad del maestro sino al contrario, como el juez en funciones que obliga a los testigos a responder las preguntas que les hace» (Cfr. Kant, "Crítica de la razón pura", prólogo a la segunda edición). El hombre pregunta, exige, saca cosas, él manda. En cambio Hegel, que citamos como ejemplo de la segunda actitud, es totalmente contrario a esto. Cuando habla de la atención en la "Enciclopedia de las ciencias filosóficas", dice: «La atención exige ante todo un esfuerzo, porque el hombre cuando quiere comprender un objeto debe hacer abstracción de todas las cosas que a miles se agitan en su mente, de sus intereses habituales, hasta de su propia persona, para dejar dominar en él mismo sólo las cosas. La atención contiene entonces la negación del propio hacerse valer y concederse únicamente a las cosas, dos momentos necesarios para la perfecta eficiencia del espíritu» (Parágrafo 448). Esta

es la actitud de verdad; no querer dominar, imponerse, no sacar de la realidad lo que me interesa, obligar a la realidad a que conteste mis preguntas sino entregarme al sentido de las cosas, descubrirlo y descubriendo el sentido de las cosas, descubrir mi propio sentido. Simone Weil dice de la inteligencia: «El papel privilegiado en la inteligencia, en el verdadero amor, proviene de que la naturaleza de la inteligencia consiste en ser algo que se borra al mismo tiempo que se ejerce. Puedo esforzarme para llegar a las verdades, pero cuando ellas están allí, son, y yo no soy nada» ("La gravedad y la gracia", Sudamericana, Bs. As., 1953, p. 181). Y Lavelle sostiene también que «el verdadero conocimiento consiste en borrarse ante el objeto; no podemos juzgar las cosas con rectitud sino renunciamos a esta soberanía que el yo se atribuye muy a menudo sobre ellas. El verdadero conocimiento no es una exaltación del amor propio que trata de reinar sobre el mundo para someterlo, sino que es una abdicación del amor propio que se inclina ante él con admiración y docilidad.» ("La conscience de soi", Paris, Grasset, 1933, p. 32-33) Entonces la vida de la conciencia reside en la participación de una actividad espiritual de donde ella se alimenta y que la desborda siempre. [...] No es una conversión religiosa, aunque pueda haberla; es conversión de la ilusión, de la mentira, de la omnipotencia, a la verdad, a la realidad estricta de las cosas. Con esto puedo tocar tierra firme y ubicarme en mi lugar. Platón, en la República, dice, refiriéndose a la gente que vive sensualmente y no sabe dónde está: «Miran hacia abajo como las bestias de los rebaños, inclinados sobre el suelo y sobre sus mesas pacen y viven entregados a su vida voluptuosa. Para que los demás no les estorben en ella se acometen los unos a los otros con los cuernos y con las pezuñas y se matan movidos por su insaciabilidad, por no llenarse de aquello que verdaderamente es» (Libro X, 586 a-b). Por eso es que son insaciables; por eso hay sexo insaciable, hay gula insaciable, porque no encuentran precisamente aquello que es. No se

trata aquí, en una óptica bastante pedestre, de frenar la insaciabilidad, no darle curso, cortarla, sino que se trata de otra cosa que es más difícil; de apuntar a lo que verdaderamente es. Todo aquello que verdaderamente no es, no puede satisfacer. Entonces siempre que se está afuera de aquello que verdaderamente es, se está en algún tipo de exceso. Fuera de lo real no hay verdadera vida. Cuando nuestros deseos se dirigen a algo que es poco lúcido, poco claro, no pueden sino confirmar una tendencia indefinida y desmesurada por esencia. Todo el pan de este mundo no nos puede satisfacer la sed, pero unos vasos de agua sí, nos aplacan la sed. Lo que no es propio para apagar la sed no puede aplacarla, aunque esté presente en cantidades infinitas. Como decía Diderot: «¿Cuántos parches de color rojo pálido hacen el color rojo vivo?, ¿cuántas bolas de nieve se necesitan para encender una estufa?». El exceso, la insaciabilidad, no se deben a que halla un dinamismo muy poderoso. Es cosa conocida, desde San Juan de la Cruz hasta Gregorio Marañón, que el desenfreno sexual no obedece a una mayor potencia del instinto sexual; la pasión exagerada, la necesidad desmesurada, nada tienen que ver con un instinto, con la libido orgánica. Se trata aquí de un desorden espiritual en el cual no se ve o no se quiere ver lo que se busca de veras. Continúo ahora con La República de Platón: «No conocen más que las sombras y los Ídolos del placer, pues el verdadero placer, inseparable de la parte espiritual del hombre, de la frónesis (inteligencia), es algo desconocido para ellos hasta tal punto que llegan a considerar el espíritu y la razón como antagónicos del placer. Son como los griegos que luchaban delante de Troya por la reconquista de Elena, sin saber que Elena de Troya no era más que una imagen engañosa y que la verdadera Elena se encontraba en Egipto" (Libro X, 586 c)». Iban detrás de las sombras de ídolos y se volvían insaciables por no llenarse de aquello que verdaderamente es, de aquello que es capaz de llenarnos y ubicarnos. De allí la enorme importancia de la

verdad como dinamismo y vigencia." Emilio Komar *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2006, p. 37-40

26. "La verdad es inexorable"



Hoy se escucha decir que nuestra mentalidad es relativista. Evidentemente que la mentalidad reciente, de dos últimos decenios, se ha vuelto cada vez más relativista, pero esto es simplemente un vicio. Significa que las cosas no se toman en serio, en su verdad

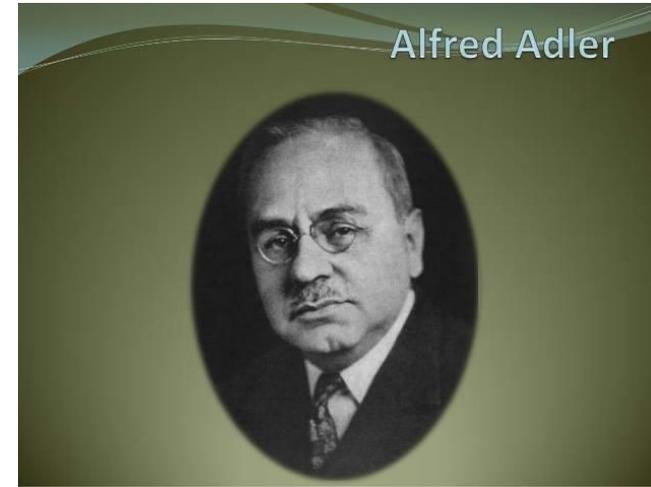
inexorable. Si leen los escritos de Einstein, sus polémicas, verán que es partidario de la teoría de la verdad absoluta, en el sentido de verdad no relativa. La teoría de la relatividad significa solamente la superación de la concepción de que el espacio es independiente del tiempo y el tiempo independiente del espacio, es decir, que haya un tiempo absoluto y un espacio absoluto. Einstein, en cambio, sostiene que espacio y tiempo son entre sí relativos, el carácter de absoluto es negado al espacio y el tiempo solos, pero es atribuido al binomio espacio-tiempo, a lo que se llama el «cronotopo» que es absoluto y no relativo. Ninguna ciencia, ninguna filosofía sería fundamenta el relativismo. En sentido estricto relativo significa relacionado. Si algo es relativo a tal cosa, depende de tal cosa, si hay mucha relatividad, hay mucha dependencia. Por otro lado, el término «absoluto» significa «absuelto», es decir, «desatado». Lo que vale de por sí, no está relacionado, es decir,

no es dependiente, lo cual no disminuye la libertad, sino que la aumenta, mientras que lo que es relativo es en la vinculación y la dependencia.

La inexorabilidad de la verdad crea a menudo situaciones difíciles: uno tiene que decidir, tomar posiciones, optar. Entonces es preferible quitarle a la verdad el carácter de inexorable. Sin embargo, en la vida, las decisiones fundamentales están hechas sobre la base de opciones acerca de las verdades inexorables. Les voy a leer un pasaje de un médico psicosomático muy importante, que también era psicólogo y psicoanalista, me refiero a Paúl Schilder. En su libro "La imagen y apariencia del cuerpo humano" (Bs. As., Paidós), en la página 230 dice: «No hay ningún juego que sea solamente juego, siempre en todo juego hay alguna responsabilidad. Nos gusta engañarnos con la idea de que podemos prescindir de las acciones, de que podemos no actuar como personalidades totales posponiendo nuestros compromisos interiores. Pero en el fondo de nuestra personalidad sabemos que la verdadera belleza de la vida radica en un carácter profundamente serio e inexorable. En cierto sentido es la misma idea expresada en Platón, en la República, libro V...», en el cual se habla precisamente de los valores. Schilder dice en el fondo que no podemos jugar a esto y lo otro y no comprometernos. La salud no se ve favorecida por semejante juego porque la verdadera belleza de la vida radica en su carácter profundamente serio e inexorable. Esto puede parecer una tesis dura, pero en el fondo otorga vida y tuerza, pues cuando uno juega no se moviliza nunca, nunca saca de su fondo todas sus posibilidades: mariposea, juega y no se compromete, no vive de veras. Es el carácter inexorable de una decisión, de una verdad que hay que acatar lo que nos obliga a vivir plenamente. Siempre hay una cierta irresponsabilidad infantil, la de no enfrentar los problemas de la vida. El hombre madura enfrentando las responsabilidades y si rehúye sus responsabilidades su

maduración no progresa." Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2006, pp. 40-41

27. "La tolerancia"



Viene a mi mente el caso de Erasmo de Rotterdam, el gran humanista de principios del 1500, contemporáneo de Lutero, con quien tenía puntos en común y también choques y discordancias. Lutero dentro de su manera impulsiva de ser, exagerada, pesimista, era un hombre que buscaba la verdad, que se equivocaba, pero la verdad para él era

importante y cuando la reconocía, la adoptaba. En cambio, Erasmo era el prototipo del moderado en el mal sentido de la palabra; nunca se comprometía a fondo; tenía frente a la vida una actitud libresca, que después se llamó burguesa. Erasmo era el patriarca de ese espíritu «tolerante» que consistía en no jugarse jamás. Nunca aceptar riesgos grandes, no enfrentar nada, y reírse, a su vez, un poco de todo. Reírse significa ejercer cierta superioridad. Adler ha explicado eso de la risa, que es muchas veces una forma de soberbia, de superioridad. Erasmo tenía algo de esto y además inauguró ese tipo de literatura medio satírica medio irónica, siempre brillante, nunca profunda, una especie de periodismo crítico: cuestionador de todo, pero no comprometido seriamente con nada. Esta literatura tiene influencia precisamente en

virtud de una burla permanente, porque la gente que no está sólidamente arraigada en lo verdadero y lo recto, tiene miedo de que alguien se burle de ella, por eso prefiere estar del lado de aquél que se burla, no del lado del burlado. Por otro lado, imita al burlón, y esto le da un falso sentido de superioridad, porque el que está por encima de las cosas, las mira desde arriba, se ríe, pero no se compromete. No me refiero aquí a la doctrina de Erasmo ni a la de Lutero. Para Lutero la verdad era algo importantísimo; en cambio, Erasmo con su obra dio una nota exactamente opuesta. De ahí salió la llamada «tolerancia» en el sentido negativo de la palabra. La tolerancia en sentido realista significa dos cosas. En primer lugar, tolerancia con respecto a lo diverso y lo distinto. El mundo es muy diversificado, los hombres son muy distintos entre sí, las civilizaciones son distintas, los estilos de pensar, de expresarse, de actuar son distintos, etc. Cuando nos encontramos con algo distinto, a veces nos choca y por eso es un deber ser tolerante. La tolerancia es el precio de la amplitud y la persona que no soporta lo distinto termina encerrándose en lo mismo, no ve nada, porque lo distinto no siempre es interesante, no siempre nos calma, al revés, es a menudo chocante. En los viajes, en el contacto con otras personas, con otras civilizaciones y también mentalmente hablando, viajando por la historia, encontrándose con otras épocas, otros sitios, otros estilos, hay muchas cosas que no se entienden. ¡Cuántas veces se rechaza lo que no se comprende, por absurdo o ridículo! ¡Pero no es ridículo, es distinto! El que reacciona así se refugia en la sonrisa, porque toma el patrón de dos o tres ideas que tiene en la cabeza como patrón universal. En el fondo no tiene paciencia, porque la tolerancia es una forma de paciencia. Hay que aprender a tolerar lo otro, lo distinto. Ese es un gran campo de tolerancia. El segundo campo de la tolerancia es la miseria humana, los defectos que tenemos, nuestros vicios, nuestras deslealtades. Hay gente que se vuelve muy exigente, muy jacobina, y quiere cortar cabezas apenas hay defectos. Pero todos tenemos muchos

defectos; digamos que la miseria humana ha sido muy equitativamente distribuida en este mundo. Hay un viejo consejo que dice que uno que tiene conciencia de la propia miseria tolera mejor la miseria ajena. Las miserias son muchísimas y no es fácil ver la realidad tal cual es. Quien vive realísticamente tiene que ver los defectos propios, los de su mujer, los de su mejor amigo, y no tiene que asustarse que a veces la gente lo traicione, porque nosotros a veces también traicionamos. Esto no es justificar la traición, pero hay que contar con la miseria y para esto se necesita mucha tolerancia. Hay otro tipo de tolerancia, que no tiene nada que ver con las anteriores, y que es de tipo erasmista. Esta tolerancia considera que ninguna verdad es verdad, solamente hay distintas interpretaciones. Pero ocurre que no hay sólo distintas interpretaciones acerca de un mismo hecho, hay también una verdad. Por ejemplo, cuando dos autos chocan, pasó lo que pasó, ocurrió así y no de otro modo. Puede haber distintas interpretaciones o versiones: la policial, las de los periódicos, las de los testigos, pero la verdad del hecho es una sola. Las interpretaciones no crean la realidad. No se puede decir que hay sólo muchas interpretaciones. Decir esto me dispensa de adoptar una actitud y me dispensa de tomar una decisión. Así puedo seguir en un cómodo neutralismo que no se puede decir que sea muy útil al hombre, sino que más bien, si seguimos la enseñanza de Schilder y Nodet, podría ser muy perjudicial. Como decía Kierkegaard: «donde nada se decide, nada pasa». Allí no hay un centro. Un gobierno que no toma decisiones, una dirección de empresa que no toma decisiones, con eso mismo deja de ser centro, porque el centro siempre se coloca en el lugar donde se toman decisiones y si no se toman decisiones, no hay un centro. La persona humana es un centro o de lo contrario no es persona humana. Una persona que no se ubica, que no decide no puede no despersonalizarse necesariamente. Hay que decidir sobre las cosas que la vida nos trae delante de la nariz y sobre las cuales tenemos que pronunciamos. Allí está la verdad con su

inexorabilidad, nosotros podemos mentir, huir, mirar para otro lado, pero la verdad está ahí, es lo único consistente y dentro de nosotros las potencias del alma puján en el sentido de la verdad. Esto de no ver el carácter inexorable de la verdad es una de las represiones más grandes y más graves. Se reprime la voluntad de verdad sin la cual no hay ninguna auténtica expresión de la persona humana. Vuelvo al símil de Leibniz; una ciudad se la puede ver de distintas maneras; también una ciudad como Buenos Aires la podemos ver viniendo del lado del río, viniendo de Uruguay, entonces se nos presenta en un determinado aspecto, podemos entrar desde el sur, podemos verla desde el aire, pero en el fondo es una sola ciudad y si prolongamos, ahondarnos cualquiera de estas visiones, que parten de un punto de vista especial no pueden entrar en contradicción entre sí. La misma verdad puede ser reflejada en distintas almas con distintos matices, pero en el fondo es la misma verdad. Para nosotros que nos interesamos por lo psicológico, la verdad del alma tiene que ser restablecida, porque el relativismo en el hombre significa destrucción de las posibilidades de la paz interior y destrucción de las posibilidades reales del hombre, es la verdad la que nos liberará y salvará. Dice el Evangelio: "Venid a mi todos, agobiados y fatigados, y yo os aliviaré". San Agustín interpreta esto de la siguiente manera: nos habla la Segunda Persona divina que se llama Logos, Verbo divino, la Verdad. Eso quiere decir venid a la Verdad, porque la mentira es la causa de vuestras fatigas, la mentira es muy difícil de llevar, porque ahoga la vida. Nosotros, en efecto, mental y vitalmente, estamos muy agobiados por las mentiras y falsedades que llevamos encima. En éste sentido también podríamos citar a Adler que se refiere al cansancio y el agotamiento, que las falsas estructuras, es decir, mentiras vividas, no solamente pensadas y dichas, crean en el psiquismo humano. Entonces el hombre agota lo mejor de sus energías para mantener en el aire estas construcciones de cartón, esas ilusiones, y gasta el resto de sus energías para imponerlas a los demás, para

apuntalarlas en todo momento. Y para la vida genuina no quedan fuerzas. Cuando todo se complica demasiado en lugar de volver a la verdad podamos las excrescencias de la mentira, entonces en lugar de tener grandes mentiras tenemos mentiras más bien económicas reducidas, pero en el fondo mentiras que, en cualquier momento, crecen de nuevo. Esta es la fórmula para entender la infernal complicación de ciertas vidas contemporáneas. No se está en la verdad, no interesa la verdad." (Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2006)

28. "Verdad y presencia"

Si no hay verdad, hay fuga. Es decir, el que miente sabe que miente, entonces conoce la verdad. Aquél que no conoce la verdad no miente, sino que está en el error, está confundido: por esta razón el mentiroso no puede instalarse en sí mismo, no puede estar en sí, porque en la interioridad, estando solo consigo mismo, es muy difícil sostener la mentira, y por eso la mentira sólo puede ser sostenida frente a los demás, frente a terceros. En el corazón, en la interioridad, es imposible sostener la mentira, de allí que el que está en la mentira forzosamente tiende hacia afuera. Pero no va hacia afuera porque le interesa la sociedad real, la vida social en sentido sano. No es este el caso del mentiroso, que tiene también instinto de sociabilidad, sino que en

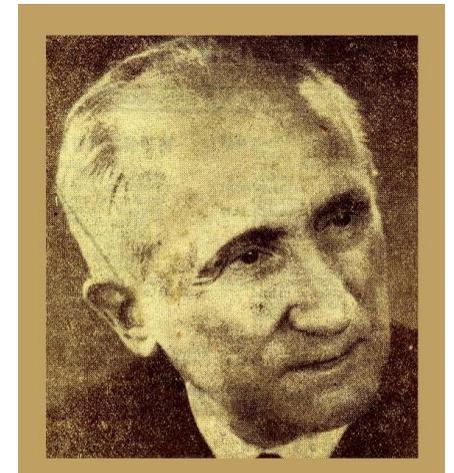


cuanto mentiroso busca a los demás para no estar consigo mismo. La falsedad termina siempre en lo externo, fuera, entonces uno no está presente a sí mismo y por esto mismo no puede estar presente al otro. La verdad fundamenta la presencia y si no hay verdad no hay presencia. La mentira nos empuja hacia la evasión; no permite una actitud de presencia; la persona no esté presente a sí misma, ni está en su verdadero centro, ni puede vivir plenamente. Hay existencias que son una cadena de evasiones. Los disturbios estudiantiles de los años 67 y 68 fueron provocados por muchos factores, pero uno de ellos fue el abandono de las cátedras: la no presencia del titular en la cátedra. Ya sea por mayores remuneraciones ofrecidas por las industrias, por la administración pública, ya sea por una concepción demasiado tecnológica de la enseñanza, ya por comodidad, o por escaso sentido de la misión docente, los titulares dejaban las cátedras a cargo de ayudantes, asistentes, etc. En muchas universidades había pocas cátedras con presencia fecunda del titular cuya autoridad científica podía constituir un factor aglutinante de todos aquellos que asistían a aquella cátedra. La rebelión no era entonces contra una presencia sino contra una falta de presencia. En el fondo la rebelión no fue una cosa muy acertada, más bien fue una patada contra una puerta abierta. Lo que se pedía era la presencia de un catedrático que podía dar un sentido a lo que se hacía en la cátedra. Pues, sin presencia no hay educación y cuando no hay presencia no hay seguridad interior. El problema de la presencia es cuestión de vida o muerte. La vida humana se lleva a cabo en la presencia y sin la verdad no hay presencia y sin presencia no hay vida humana. Les voy a leer un pasaje de San Bernardo, autor ascético y místico del siglo XII gran conocedor del alma humana. Dice lo siguiente en uno de sus discursos: "La rectitud pertenece al camino, la amplitud (habla de la falsa amplitud) más a la planicie que al camino; en el camino amplio la soledad es camino y donde no hay camino, todo es camino. Así es la vida dada a los vicios, tiene por todas partes

términos amplios porque no tiene ningún término. Así, pues, en el rodeo no hay camino, con todo es camino de los impíos, según se lee en el salmo 11, los impíos andan por rodeos. El espacioso camino es aquel cuyo espacio no está cerrado por ninguna meta, donde no hay ni ley ni prevaricación" (SERMONES DE DIVERSIS -1084 - Sermo I: De fallacia et brevitate vitae praesentis - párrafo 3). Esto es lo que mucha gente entiende por amplitud, neutralismo, tolerancia. No hay una verdad, no hay nada que nos exija una posición inexorable, algo que sea así y no de otro modo. Cuando falta esto no hay seguridad y por eso la gran falsa amplitud es en el fondo un medio de evasión." (Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2006, p. 45-47)

29. "Verdad y sociedad"

Voy a leer ahora un pasaje de Romano Guardini: «Sólo el silencio abre nuestros oídos a la música que resuena en todas las cosas-animales, árboles, montes y nubes... Callar no quiere decir ser mudo; de ningún modo. El verdadero silencio es el correlativo vivo del recto hablar. Están relacionados como la inspiración y la expiración. ¿Acaso se puede dar una sin la otra? El hablar crea comunidad; por la palabra recibimos y compartimos. Sin lenguaje, el mundo interior nos oprimiría. La verdadera palabra libera. Pero debe ser verdadera y estar en relación vital con el silencio. El silencio es la fuente del hablar. En el hablar se advierte si



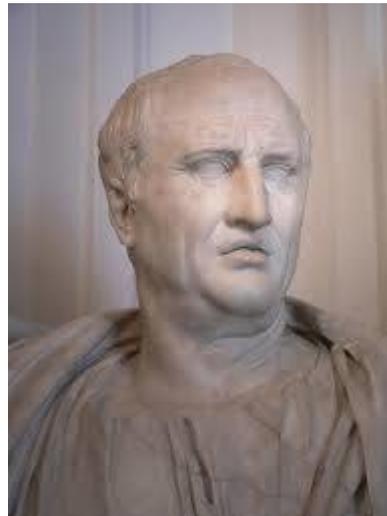
éste procede del silencio o no. Lo que procede del silencio es pleno y rotundo como el canto matinal de un corazón regocijado. Es vigoroso y fresco como las flores que crecen en las alturas. Fijate cuán claras son sus formas; cuán firmes son sus tallos y sus hojas; y el color de sus flores cuán profundo e intenso al mismo tiempo. Así son las verdaderas palabras.» (Cartas de autoformación, Bs. As., Ediciones Librería Emmanuel, 1983, p.113) El hombre que posee la capacidad de la palabra, adquiere la comunidad con los demás en la verdad. Si estoy desubicado y mi prójimo se da cuenta entonces que lo que le digo no le transmite la verdad, entonces no es expresión de algo verdadero, no se establece entre él y yo la comunión. El otro no me va a creer, y esto no en virtud de una deliberación consciente, sino que no va a creer instintivamente por captar en mí cierta falta de convicción interior. La convicción interior es muy importante. Es ella la que convence, y es a partir de aquí que se va formando el tejido social. Si, en cambio, quiero a toda costa producir la convicción en el otro, no lo conseguiré porque lo que no brota de mi convicción interior no producirá convicción. Nadie puede dar lo que no tiene: si no se está en la verdad no se puede transmitir la verdad y entonces no se establece un verdadero tejido social. Por esto con el maquiavelismo, la propaganda, el manejo, no se crea la verdadera sociedad. Cuando estamos instalados en lo nuestro, en la verdad, podemos estar en lo social. Lo social así visto no es algo añadido, porque el gran papel social lo cumplimos estando en nuestro lugar para que aquellos que nos buscan sepan dónde encontrarnos. Estando donde somos no es necesario buscar conexiones artificiales y añadidas porque ya estamos cumpliendo con lo social. Hay que distinguir dos sociabilidades. Una es aquella que está inscripta en nuestra naturaleza y que indica que el hombre es un animal. No es, como suele decirse, que la sociedad surgió por contrato social, no es que el niño nace no social y después se socializa. Hasta el mismo verbo resulta inoportuno, porque socializar significa hacer social lo que de por

sí no lo es. El hombre es social por su naturaleza. No se socializa, sino que es social ya. A lo mejor se desocializa, eso sí que puede ser hecho artificialmente, pero la socialización no se hace artificialmente. Hay otra sociedad que tiene su origen en la mentira. Se busca lo social, el ruido, para no estar en lo propio. Esto no lleva al verdadero contacto, porque el que huye puede cruzarse con el otro, pero al no ser capaz de verdadera presencia no se establece verdadero contacto. Sin presencia no hay ninguna sociedad y tampoco hay ninguna perfección. La dimensión de la perfección y de la sociedad son muy solidarias. ¿En qué sentido son solidarias? Perfeccionarse es hacerse hasta el final. «Perfacere» es «hacer hasta el final», «acabar». En el Nuevo Testamento, en la Epístola de Santiago Apóstol hay una frase que dice: «el hombre no es creatura sino cierto comienzo de la creatura». El hombre no nace como una creatura completa, sino que es un cierto esbozo, tiene que hacerse. Toda la naturaleza del hombre reclama esta perfección, quiere completarse, ser madura, crecer, ser verdaderamente hombre, explicitar sus virtualidades, realizarse. Esto que es una exigencia de naturaleza es también un dinamismo, pero es imposible realizarlo fuera de la verdad. Sólo en la línea de la verdad es posible la perfección. Pero a su vez la perfección es un gran factor sociógeno, creador de la sociedad. Aristóteles enseña que la amistad que sería una entidad microsociológica, solamente es posible entre personas virtuosas que buscan la perfección, y no se da entre los mediocres y los que no se desarrollan. Primero porque quien se queda estancado en un nivel no tiene novedades, no hay vida en él y por tanto tampoco atracción; en cambio, donde hay perfección hay mucha vida y atracción. Platón tiene una frase que dice «procrear en la belleza» (Banquete, 206 e). Según Ortega, y creo que su interpretación es exacta, lo bello en Platón significa perfección y no solamente bello en sentido estético o en sentido de belleza física, porque toda perfección tiene algo de bello. En la perfección es posible producir cosas, procrear. La ley del alma humana

exige cierta perfección unida a la vida, y en la medida en que se va arriba, hacia lo más perfecto, también se produce la relación en dirección horizontal. Hoy se escucha hablar mal de la aristocracia, no en el sentido de situación privilegiada de algunos a costa de los otros, sino en el sentido antiguo auténtico, esto es, como búsqueda de lo mejor, o, con otras palabras, búsqueda de la perfección que es también búsqueda de la verdad. ¿Por qué la nobleza, o la falsa nobleza, que no cumple con su deber nos irritan tanto? Precisamente porque no es verdadero lo que quieren hacer pasar por verdadero. La perfección sólo se consigue en la línea de la verdad. Es el dinamismo y la vigencia de la verdad lo que nos ayuda a realizarnos y a crear el tejido social." Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2006, p. 48-51

30. "Fides"

La fidelidad a la palabra dada, en latín se llama «fides». Los romanos dieron una gran importancia a la «fides». Un romano que no mantenía su palabra perdía el honor, una palabra dada era vínculo social. Tenemos el ejemplo de Atilio Régulo, senador romano que participó de la guerra contra los cartagineses. Mientras que los cartagineses avanzaban hasta el norte, Roma se extendía hacia el sur y allí indefectiblemente tenían que chocar, especialmente, en Sicilia. La guerra era inevitable. La república romana era un estado rural, de agricultores rudos; la tierra itálica no es tierra fecunda. Los cartagineses, en cambio, no tenían arraigo, eran una nación comerciante, navegante, que se



instalaba en los puertos, no entraban en la tierra adentro, no eran agricultores, tenían costumbres menos severas. Los romanos reprochaban a los cartagineses la falta de fidelidad a la palabra y decían: «La fidelidad fenicia, ninguna fidelidad». Así se llegó al choque, a las tres Guerras Púnicas. Atilio Régulo, patricio romano, luchaba contra los cartagineses y fue capturado. Como los cartagineses sabían que era un notable romano lo llamaron para enviarlo a Roma para negociar el canje de los prisioneros, pero tenía que dar la palabra de volver. Atilio va a Roma y habla en el Senado en contra del canje de los prisioneros de guerra; los intereses de la República Romana eran contrarios al canje de prisioneros. Tomada la resolución negativa en el asunto, los amigos persuadían a Atilio que se quedara. Atilio dijo que no, él dio la palabra de volver, y así lo hizo. Sabía que lo iban a torturar y matar, lo que sucedió, pero mantuvo la palabra. Mantener la palabra era una pieza esencial de la formación romana. Después de un período de gran decadencia comienza con César Augusto una gran obra de moralización. El poeta Horacio, al mencionar los frutos de esta obra en un estupendo himno religioso pagano que se llama «Canto Secular», pone en primer lugar la «fides». Así dice: «ya vuelve la antigua 'fides' y con ella la paz, y con ella el honor, y con ello el pudor y la antigua hombría». Ahora bien, ¿cómo puedo ser fiel a algo, a mi palabra, si todas las cosas pueden ser interpretadas, reinterpretadas libremente, si las cosas no son inexorables, si en el fondo de todos mis empeños no hay verdad de las cosas? ¿Para qué voy a empeñar mi palabra si todo se puede modificar? Pero de esta manera no hay paz ni hay seguridad, y esto vale tanto para lo individual como para lo social. Si no hay fidelidad a lo que las cosas son, tampoco hay paz en el alma. Porque como muy bien dice [el psicoanalista] Nodet, [...] la voluntad de verdad es una energía que estorbada en su actividad se convierte en un factor de molestia y el enfermo que no llegó a la verdad, a la unidad, sufre, no tiene paz. Esta energía puja por realizarse, no porque de afuera vengan

lesiones y ofensas sino porque de adentro no se realiza. La misma energía con la cual me construyo, cuando es perturbada me destruye. Buscar la perfección no es privilegio de algunas clases, es deber humano universal: uno no puede no realizarse. Nadie nos reprime más que nosotros mismos. En este sentido la sentencia evangélica «la verdad os hará libres» tiene un valor psicológico insondable. Y esta verdad nos ubicará también en el justo tejido social. Las relaciones son posibles desde un lugar bien ocupado hacia otro lugar bien ocupado." Emilo Komar, (*La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2006, p. 51-52)

31. "«*Exterminatio*» Los romanos, pueblo campesino, tenían un gran respeto por los límites de las fincas rurales, los límites eran sagrados y se les llamaba «término». Tan sagrados eran que había fiestas rurales



importantes durante el año en el cual se festejaba la divinidad protectora de los límites. En el campo no podía haber paz sin respeto a los límites a los «términi», y esto se refleja en la conciencia de los romanos de que el hombre tiene que estar también dentro de sus términos, en su justo lugar, de lo

contrario se destruye. De allí viene también la palabra «ex-terminatio», que significa «salirse fuera de los límites», de los términos, perder los

contornos, perder el lugar que a uno le corresponde. Hoy «exterminar» significa simplemente anular, pero la etimología de esta palabra constituye una estupenda lección: todo lo que sale fuera de su lugar, fuera de lo que debe ser se anula. Los términos en cuestión no son artificiales sino reales. Cuando nosotros vivimos una vida no real estamos fuera de los términos, nos estamos anulando. La mentira es la madre del homicidio, es decir, primero se miente y después se mata porque ya en la misma mentira hay un desdoblamiento y esto ya es un ataque a la integridad del ser, después se sale de los «términos». Una cosa es en la medida en que es una y cuando algo la divide y perjudica, su ser se perjudica también. Igualmente, cuando se desdibuja, deja de ser lo que era. [...] Nosotros nos engañamos no aceptando la verdad, pero, en el fondo, de ella vivimos y a ella tendemos. La voluntad de verdad es un dinamismo profundo en nosotros y aquello que es verdadero se nos presenta como vigencia fundamental, porque solamente aquello que es verdaderamente valioso, verdaderamente bueno nos interesa en cuanto tal. Entre estos dos polos que son la verdad como dinamismo y como vigencia se desarrolla toda la vida del hombre, y la tragedia humana consiste en el hecho de que en virtud de su libertad el hombre puede no acatar la verdad de las cosas, pero no puede nunca conseguir que lo no verdadero sea verdadero." Emilio Komar, (*La verdad como vigencia y dinamismo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2006, p.52-53)

32. "Pobreza y perfección:



La codicia, deseo desmesurado de bienes materiales, es en realidad un sustituto, un 'Ersatz', de la plenitud interior, de la genuina realización personal. El vacío interior busca ser llenado con bienes exteriores, pero todos los bienes de este mundo no pueden llenar un vacío que es esencialmente de otro orden. Y es por este motivo que la codicia es por definición insaciable. Así

interpreta Santo Tomás de Aquino el vicio de la codicia. Con él coinciden aún sin seguir su filosofía, muchos pensadores de la psicología profunda actual. Si las cosas son así, el camino que lleva a la plenitud, a la libertad y a la verdadera riqueza de los hombres, se abre en dirección opuesta: el espíritu de pobreza. Una gran opulencia material en manos de unos pocos o aún de muchos puede coincidir sin embargo con una gran escasez de valores humanos. Max Horkheimer y Theodor W. Adorno sostienen que la elevación del nivel de vida de los hombres resulta hoy en muchos lugares 'materialmente considerable y humanamente insignificante'. Texto para meditar: 'Pero la codicia se dice incurable a causa de la condición del sujeto porque la vida humana se inclina continuamente al defecto. Todo defecto, pues, incita a la codicia. Por esta razón son buscados los bienes temporales: para que socorran los defectos de la presente vida.' (De Malo, 13, 2, ad 8)

Este texto pertenece a la obra 'De Malo' de Santo Tomás de Aquino, dedicada a los siete pecados capitales; no es útil solamente para

comentarlo sino también para meditarlo. Aunque a primera vista este pasaje puede parecer un poco simplista, tiene un sentido sumamente profundo.

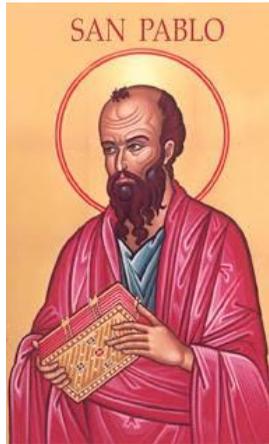
El deseo desordenado de los bienes materiales es siempre un sustituto, lo que en la terminología alemana de psicología y social se llama 'Ersatz'. Los bienes materiales no interesan de por sí, sino sustitutivamente. La necesidad suele no ser de la misma naturaleza que la del bien buscado, por lo que dicho bien nunca satisface plenamente. Si tenemos sed, quizás no nos pueda aplacar un vaso de agua, pero dos o tres vasos, sí podrán hacerlo. En cambio, todo el pan de este mundo no podrá satisfacer nuestra sed porque no es propio del pan aplacar la sed: lo propio del pan es satisfacer el hambre. Si un hombre tiene una determinada carencia y la quiere colmar con algo inapropiado, ninguna cantidad de sustitutos podrá dejarlo satisfecho. La codicia, como todos los demás vicios, siempre genera insatisfacción. Las carencias que empujan a la codicia pueden ser de diferentes clases: morales, afectivas, etc.

La codicia no depende de un deseo genuino de bienes materiales sino de otra clase de anhelos que intentan satisfacer una exigencia de plenitud. Por eso el deseo desmesurado de bienes materiales es incurable.

El codicioso no es lúcido, no ve claramente, no es profundo: no llega a conocerse y busca la solución de sus problemas por caminos equivocados.

Es propio de todos los vicios –esta concepción se encuentra no sólo en el pensamiento de Santo Tomás sino también en las Sagradas Escrituras- tender hacia la nada, hacia la vanidad, hacia el 'vacuum'. No se dirigen al ser y lo consistente. De allí proviene el desorden del vicio." (Emilio Komar, *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*, Bs.As. Sabiduría Cristiana, 2015, p. 7-8)

33. “¿Qué tienes que no hayas recibido?” (1 Cor 4-7)



"En estas palabras de San Pablo encontramos el fundamento del espíritu de pobreza. No tenemos nada que no hayamos recibido. Una visión creacionista del mundo contempla la creación como un don. Sabe que tanto el orden de la creación como el de la gracia provienen de la generosidad de Dios. Como no tenemos nada que no hayamos recibido como don, no debemos comportarnos como exclusivos poseedores o estrictos propietarios por mérito propio. «Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis» (Mt 10, 8) «Gratis» es una palabra muy gastada: «muestra gratis», «entrada gratis» pero «gratis», significa gracia. Literalmente el texto original dice «como don lo habéis recibido, dadlo como don» (doréan al ánete, doréan dóte; «dote» es don). Todo nos ha sido regalado: por eso no podemos ser avaros o mezquinos. Un estudioso de la filosofía argentina, el Dr. Luis María Seligmann, especialista en filosofía del derecho, sostiene que también la definición de la justicia se encuentra más allá del mero «dar a cada uno lo suyo». Es preciso entender la justicia como don y no solamente como un estricto cumplimiento al que estamos legalmente obligados. El que es verdaderamente justo otorga de corazón lo que debe, aunque se trate de una obligación. Toda la creación es un inmenso don y el orden de la gracia es un don aún mayor. No tenemos derecho a adoptar actitudes de avaricia, mezquindad o codicia. Nietzsche, quien aun siendo ateo tenía a veces intuiciones muy profundas y acertadas se refiere a «la virtud que se da» (schenkende Tugend, en Así habló Zaratustra, Madrid, Alianza, 2006, p. 122 El título del apartado es “La virtud que hace regalos”)

Espíritu de pobreza no es lo mismo que pobreza material. La pobreza

material puede coexistir con una inmensa avidez. Lo que importa es la actitud que interiormente, en el corazón, albergamos frente a los bienes. Un pensamiento que está vigorosamente presente en la cultura moderna es la intolerancia hacia la trascendencia, hacia algo superior a este mundo; rechaza necesariamente lo dado. Esta intolerancia se puede comprobar a partir del siglo XVII por ejemplo en la filosofía panteísta de Spinoza o en la filosofía idealista alemana (Fichte, Schelling y Hegel) de fines del XVIII y principios del XIX. Estos pensadores se resisten a todo lo que es don, a todo lo que es gratis. Lo dado, viene de «lo alto» y eso es inadmisibile para una filosofía que niega la trascendencia. La negación del don se aprecia claramente en los papeles juveniles de Hegel que inicialmente no fueron destinados a su publicación. En ellos Hegel anotaba meditaciones, ideas, reflexiones que acompañaban a sus lecturas. Luego de su muerte los editó Herman Nohl. Casi todos estos escritos son teológicos. Hegel cursó sus estudios teológicos como seminarista protestante en la universidad de Tubinga. Su mirada sobre la teología es muy personal porque aún antes de ingresar a la carrera eclesiástica carecía de fe. En sus papeles juveniles teológicos ya se percibe una posición intolerante para con todo lo que sea superior a este mundo. ¡Nada de gracia, nada de don, nada de fuerzas superiores que influyan sobre nosotros! Todo lo que es superior a nosotros implica una tiranía. Por eso en este contexto, no hay lugar para lo divino. Si nada viene de lo alto y especialmente, si a la divinidad se le quita todo carácter personal, no se puede hablar más de «don». La gracia, sólo tiene lugar donde hay relaciones personales. Sólo una persona, un sujeto humano (o un sujeto sobre humano) puede otorgar algo a otro como don. Cuando la divinidad se diluye en la totalidad, estamos en un panteísmo amorfo y vago, en el que Dios no es un ser personal y se hace imposible hablar de don. Cada uno es parte de la totalidad, pero no una parte dada: somos parte de un dios, por lo tanto, nadie nos da nada. Es por este motivo que la concepción del don cayó

en desuso en algunos ambientes." (Emilio Komar, *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2015, p. 8-10)

34. "La decadencia del sentido del don: Un pensador italiano Renato Solmi, a pesar de ser hegeliano y marxista, se pregunta: ¿De dónde esa decadencia del sentido del don en la vida moderna? ¿De dónde esa



tremenda posesividad? Produce extrañeza su pregunta, porque desde su perspectiva filosófica debería resultar claro que no hay lugar para esa clase de preguntas. Sin embargo, gracias a Dios los pensadores a menudo no son consecuentes con sus principios y pecando contra la coherencia de su propio pensamiento se dejan llevar por

intuiciones. Humanamente le repele la decadencia del don. El don es posible solo entre personas. Cuando falta la relación personal, la relación yo-tú o yo-Tú (es decir yo-Dios), no se puede hablar de don. Tampoco es posible hablar de personas: existe solamente una «totalidad» con distintas fases que no tienen otra función que la de representar esa totalidad en un determinado momento. Pero de «persona» propiamente ya no corresponde hablar. La misma filosofía que destruyó el sentido del don, anuló el sentido de la persona.

Considera que es tan absurdo hablar de Dios como persona y de la persona humana individual como algo importante y fundamental. Lo que importa es el conjunto, la totalidad. Sólo en la perspectiva del ser personal se puede entender la cuestión del egoísmo y el individualismo como un mal uso de la libertad, la cuestión del «uso y el abuso» de lo existente.

Es interesante que las filosofías de Spinoza, Fichte, Hegel, Schelling y Marx, no se refieran ya al uso y al abuso. Esto implica otra decadencia, consecuencia de la decadencia del sentido de la persona. Solamente puede haber abuso si el sujeto que abusa tiene voluntad libre. Si tiene voluntad libre, es decir, si puede auto determinarse, puede hacer buen o mal uso de lo existente. El uso o el abuso no están en la cosa sino en el corazón humano, en su intencionalidad. Por eso, no se curan los abusos suprimiendo al ser abusado sino rectificando el corazón. Esta idea está presente en el Evangelio: es del interior de la persona de donde surge el pecado. El uso recto de los bienes supone la persona responsable. Si en cambio no hay persona como centro propio, en cierto sentido autónomo, no podemos hablar de uso o de abuso. No hay uso ni abuso: no hay moralidad. Estas filosofías de la «totalidad», cerrada y homogénea, hacen desaparecer todos esos baches que llevan a pensar en términos de don. Nadie da nada, nadie puede recibir nada porque lo existente es una totalidad determinada y a lo sumo se plantea un problema de distribución. Sería interesante leer pasajes de esos autores a quienes lo que más les choca es que algo «venga de arriba». Les resulta insoportable, porque sería un signo de una dependencia que igualan a la inmadurez, la esclavitud y la alienación. La alienación es para Hegel, aceptar algo que trasciende a la humanidad y la liberación es tomar conciencia, darse cuenta, de que no existe «lo otro», de que no hay nada más que lo nuestro; desaparecen Dios y lo sobrenatural. Esta vinculación profunda entre toma de conciencia y liberación proviene de Hegel.

Sin embargo, en rigor de verdad, la concientización y la liberación no tienen mucho que ver. Yo puedo tener conciencia de mi deber y no realizarlo. Por eso sólo aumentar la conciencia acerca de cualquier asunto sin la correspondiente formación y rectificación moral y ascética, no ofrece ningún resultado. Desde hace mucho tiempo por ejemplo se promueve la ilustración o concientización sexual, pero con esa actividad nada se logra. Estudiando temas anatómicos, fisiológicos, psicológicos, psicoanalíticos, sociológicos, morales, vinculados con este tema, nadie nunca se ha vuelto más virtuoso. Una pura concientización no es eficaz. Cuando yo estaba en la Universidad, en la Acción Católica polemizábamos con esta clase de prejuicios falsos. Estudiando estos temas, haciendo estadísticas, comprobábamos que el porcentaje de enfermedades venéreas era más elevado en la facultad de medicina, es decir en el lugar donde no se podía alegar la falta de conocimientos. Solo en una perspectiva hegeliana es posible identificar la concientización con la liberación, porque en Hegel y los autores que lo siguen, liberarse significa darse cuenta de que no hay nada más allá de la humanidad, nada más allá del espíritu humano. Liberarse es entonces: liberarse de la tiranía de lo trascendente, de la tiranía de lo sobrenatural.

En esa perspectiva, la visión del don desaparece. La visión creacionista cristiana, en cambio, da primacía a lo personal sobre la totalidad. Considera el orden de las personas absolutamente superior al orden de las cosas porque el orden de las personas es anterior a las cosas. El Dios cristiano, Uno y Trino, es un Dios personal. Dios creó primero espíritus puros (que son personas) y luego a las cosas y esas cosas sirven a las personas que viven en esta tierra. Toda materialidad existe entre personas. No es primero la materia: primero es lo personal. La creación es un inmenso regalo, un inmenso don. Dios no tenía necesidad de crear. Creó por superabundancia de su amor: Dios lo ha hecho todo por generosidad. Eso lo pensaron también los paganos, los

grandes pensadores griegos por ejemplo, Platón quien al hablar de Dios decía que Dios es por esencia generoso y desprovisto de envidia («áneu pthonu»).

Dios es generoso por eso la creación es una abundante riqueza. Cuando nosotros nos proponemos explotar la realidad, solamente percibimos aquello que nos interesa por su utilidad y no la realidad tal cual es. Aquel que ve la realidad como es, como la han visto San Francisco de Asís o San Buenaventura, la captan como infinitamente rica. También a nosotros puede revelarse muchísimo más rica de lo que hoy aparece, si renunciamos a poseerla, a controlarla, a servirnos de ella de mala manera. Debemos tener presente siempre que la creación es un don, un regalo: «¿Qué tienes que no hayas recibido?», «gratis lo habéis recibido, dadlo gratis.» (Emilio Komar, "El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo", Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2015, pp.10-13)

35. "La pobreza en espíritu y en verdad"

La pobreza que aquí nos interesa es «pobreza en espíritu y en verdad». Lo que importa es el espíritu de pobreza. ¿Qué significa «espíritu»? Muchos materialistas y positivistas se burlan cuando se habla de espíritu. «Espíritu» significa en este contexto la intención profunda que orienta nuestro corazón. Con «espíritu de pobreza» nos referimos a la



necesidad de no ser codiciosos o avaros en lo íntimo, ya que es posible disponer de grandes medios y poseer espíritu de pobreza y es posible también, no disponer de medios materiales y albergar una tremenda avaricia. Lo importante es la conversión del corazón. Montesquieu al referirse a los distintos regímenes políticos (monarquía, república, aristocracia, tiranía, etc.) sostiene que lo que los mantiene vivos es el espíritu subyacente. Si el espíritu que dio vida a ese sistema permanece firme y sano no habrá problemas: podrá haber crisis, pero basta que haya espíritu para que el sistema se mantenga; en cambio, si el espíritu desaparece puede haber disciplina, gobiernos fuertes, etc., pero el régimen en su forma propia se debilita. Cada régimen tiene su espíritu. Un régimen aristocrático supone un espíritu de honor; sin espíritu de honor, ninguna aristocracia puede subsistir. Una tiranía no puede permanecer si no está presente un espíritu de miedo y cobardía. El espíritu es la fuente de las disposiciones que mantiene una estructura fuerte. Estas ideas nos sirven para nuestro tema. Si no se tiene cierta «pietas», cierto respeto por lo material, por las plantas, por los animales, por la naturaleza toda, no se podrá respetar al hombre. La pretensión de un dominio absoluto de la naturaleza a menudo se prolonga en el ámbito humano. Se habla de «material» humano o de «recursos» humanos. Puede ser que aquellos que manejan todo como material lo experimenten como algo bueno, pero lo que es seguro es que el que es tratado como material, no se sentirá a gusto. Heidegger que no es un pensador cristiano pero que también como muchos otros filósofos tiene páginas cristianas, sostiene que frente a la realidad deberíamos poseer una actitud similar a la que se tiene frente a una obra de arte. La obra de arte se encuentra colocada entre dos mentes y dos corazones: la del artista que la pensó, la creó y la del espectador que la contempla. En la medida en que coinciden el pensamiento creador que se refleja por ejemplo en un lienzo y el conocimiento del espectador, se consume el conocimiento de la obra. La medida de esa coincidencia dará la medida

de la comunicación del mensaje. Ahora bien, el Dios creador es el artista por excelencia. En la creación se revela su presencia. Cuando decae el sentido de la creación, cuando no se percibe en el mundo una creación, ¿para qué hace falta entonces Dios creador? Este es uno de los caminos contemporáneos para eliminar a Dios: anular la creación. Así se mata a Dios de manera eutanásica, se consigue una muerte indolora de Dios. Esto por ejemplo lo confirma Giulio Preti, profesor neopositivista de la Universidad de Florencia. Se dice que todos somos creadores. Se hace propaganda de una «creativity» pragmatista, materialista, mandona y cruel que se dirige a la realidad como si fuese mero material. ¿Cómo puede ser la realidad entonces para nosotros una creación? ¿Cómo vamos a ver en esa realidad un orden al cual debemos someternos? Si una cosa ha sido sabiamente hecha, no podemos tratarla de manera brutal. Tenemos primero que apreciarla tal cual es: necesitamos de la verdad. Pobreza de espíritu significa entonces eliminar de nuestro corazón todo deseo desmesurado de posesión, dominio, control, para contemplar las cosas tales como son, para verlas «en espíritu y en verdad»." (Emilio Komar, *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2015, pp. 13-15)

36. "La perfección personal, el gran tabú de hoy



Hoy no se habla de perfección ni siquiera en las congregaciones religiosas, aunque en el derecho canónico se las llama estado de perfección. Estamos en la era de las transformaciones. Pero transformar consiste en pasar a ser otra cosa y eso, precisamente,

no es perfección. Todos nosotros sufrimos por falta de perfección y no somos conscientes de esa realidad. Dice el porteño tanguero: «Quien sabe, sabe y quien no sabe, es jefe». Muchas veces el lugar que debería ocupar alguien que sabe, lo ocupa alguien menos capacitado de lo que debiera. Eso desintegra la sociedad y es también una injusticia. Otro ejemplo: recuerden ustedes aquel libro de Jean Paul Sartre donde habla de su madre. Este autor cínico, pinta a su madre como una nena crecida, una mujer que nunca dejó de ser nena. ¡Es tremendo! Si el padre y la madre son huecos, si no albergan perfección, producen un gran mal en sus hijos. Algunos no quieren madurar y se disfrazan. De este modo, muchas figuras de éxito mundial son modelo de inmadurez [...] Ennio Flaiano, un escritor italiano que acaba de fallecer decía que la juventud está dominada por el complejo de Peter Pan, la leyenda del chico que no quería crecer. Otro ejemplo es el caso de esas parejas en las que él no quiere ser padre y ella no quiera asumir plena y vigorosamente su maternidad. La primera expansión de la existencia humana debe ser hacia la perfección. Sin ella, quien permanece reprimido por falta de crecimiento es uno mismo. La exigencia de crecer, de desarrollarse, de perfeccionarse es una exigencia fundamental en todos los ámbitos: individual, familiar, educativo, etc. La exigencia de la perfección aparece también en la política. En todos los niveles se exige perfección. Es un defecto esencial de la civilización occidental. En el primer canto de La Ilíada se habla de la murmuración de los aqueos, de los griegos ante Troya, porque sus caudillos no hacen nada, ofrecen el triste espectáculo de unos incapaces frente a un ejército. ¿Por qué la iglesia nos pone de ejemplo a los santos que alcanzaron una perfección heroica? Porque nos muestra modelos. Un santo es más beneficioso para un ambiente que unas cuantas asociaciones o grupos de discusión. La perfección cuando es auténtica es siempre sociógena: engendra sociedad, crea tejido social. Por el contrario, la ausencia de perfección, el vacuum, destruye la sociedad. Esto se ha perdido de vista.

Ahora bien, si no hay Persona divina, que haya creado a las personas humanas según su imagen y semejanza no es posible hablar de una jerarquía espiritual. Dios creó personas, algo similar a sí mismo, algo autónomo. Seres absolutos con minúscula, pero no meramente relativos. Seres que poseen un núcleo de iniciativa y libertad. Les dio la posibilidad de alejarse de Él al crearlos libres. Es en este contexto que tiene sentido el llamado a la perfección. Es interesante verificar que en Spinoza no figura la palabra perfección y tampoco en Hegel. Todo es pasar de una fase a otra, de ésta a una tercera y así sucesivamente. Avanzamos en el río de la historia sin hablar de ninguna exigencia de perfección." (Emilio Komar, *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2015, p.16-17)

37. El error de Narciso

Le plus grand bien que nous
faisons aux autres hommes n'est
pas de leur communiquer notre
richesse, mais de leur révéler la
leur.



Louis Lavelle

www.citation-celebre.com

"Hoy meditaremos un texto de Louis Lavelle. Lavelle es un pensador francés contemporáneo, no es un autor cristiano, proviene del idealismo, pero estuvo cerca de una posición católica y sus últimas obras están plagadas de páginas cristianas, como ésta que reproducimos, tomada de su libro 'L'erreur de Narcisse':

"El alma no posee nada, pero ella puede recibirlo todo, todo es para ella ofrenda y don. Felices aquellos que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios. Pero Narciso no quiere ver sino a él mismo. Cuando

tenemos el corazón puro, recibimos todos los dones. Pero Narciso no quiere recibir sino a él mismo por don. La impureza es querer guardar para sí los bienes que son ofrecidos a todos y haciendo el gesto de retenerlos para impedir que se escapen, hacerlos en realidad escapar".

Aquí Lavelle habla de la pureza y de la impureza. Estos términos coinciden en nuestro caso con el de la pobreza de corazón, pobreza de espíritu o espíritu de pobreza. Ya hemos tenido ocasión de citar en otro cursillo en este mismo lugar las palabras de San Bernardo referidas a la castidad: 'ama de manera perfectamente casta aquel que quiere aquello que dice que ama y no otra cosa distinta de aquella'. 'Castitas' es el ajuste estricto a la realidad de las cosas. Se ama lo que se dice que se ama y no otra cosa. No se ama el propio placer, no se busca un estado afectivo, no se busca una satisfacción emotiva, sino que se busca primero la existencia y el bien de aquel ser que se dice amar. La castitas coincide aquí con el realismo afectivo. Todo realismo afectivo consiste en responder afectivamente a la realidad tal cual es: temer un peligro en la medida que es temible, amar algo en la medida que es amable, de acuerdo con su carácter, con su tipo de amabilidad y no usarla como instrumento, no reducirla a un aspecto que a nosotros nos interesa sino ajustamos verdaderamente a la realidad de las cosas. Una poesía de Jacopone da Todi que se refiere al orden del amor dice precisamente lo mismo. Jacopone da Todi es un poeta franciscano que, como San Buenaventura, expresa de manera poética, el pensamiento de San Francisco de Asís.

El protagonista de La Eneida de Virgilio, epopeya de Roma, es Eneas, el fundador de Roma, príncipe troyano que huye de Troya incendiada y a quien los dioses llevan a Italia para que funde la estirpe latina. Eneas es calificado a lo largo de todo el poema como 'pius' Eneas, el piadoso Eneas. 'Pius' significa respetuoso de la realidad, del orden en última instancia, divino de las cosas. *Pius* es que se ajusta al orden

natural, divino de las cosas, colabora con él y es profundamente respetuoso de sus padres, de su patria y de la voluntad de los dioses. 'Pietas' es un término intraducible porque tiene una carga semántica que no coincide con nuestra piedad. A veces en lugar de llamarlo 'pius' Eneas, lo llama 'castus' Eneas, lo que significa exactamente lo mismo. Un autor contemporáneo, profesor de la Universidad de Lieja, Marcel de Corte, en un conocido pasaje, habla de la piedad hacia las cosas, del respeto hacia las cosas como condición de riqueza afectiva. Usa el término en sentido virgiliano. Ahora bien: ¿esta 'pietas', esta 'castitas', coinciden perfectamente con espíritu de pobreza! 'El alma no posee nada, pero ella puede recibirlo todo. Todo es para ella ofrenda y don'. Estas son palabras que se parecen a las famosas de Aristóteles: 'El alma humana es en cierto sentido todo', es decir, posee, como dicen los franceses, una 'puissance d'accueil' prácticamente ilimitada. La persona que no tiene esa capacidad de recepción es de veras pobre en el sentido negativo de la palabra. Es mezquina porque el alma humana alberga por su misma naturaleza vocación de apertura al universo, quiere verlo todo y contemplar en los seres finitos que la circundan, el sello de lo infinito. Entonces todo se convierte para ella en ofrenda y don. 'Felices aquellos que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios' (Mt, 5,8) Verán a Dios reflejado en todas las cosas. Narciso en la mitología griega se inclinó hacia el agua y vio allí su rostro reflejado y se enamoró de sí mismo, estaba satisfecho de sí mismo y ciego para otras cosas. Narciso es el prototipo del alma plegada sobre sí misma. Lutero lo dice con una frase vigorosa: un corazón doblado, curvado sobre sí mismo, 'cor curvum in se'. Es el colmo de la perversión. "Cuando tenemos el corazón puro, podemos recibir dones". Pero Narciso no desea recibir sino a sí mismo como don." Emilio Komar, *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2015, pp. 33-35

38. «La abundancia es propia de la realidad.

La Escritura lo afirma a menudo: Caeli enarrant gloriam tuam... Salmo 18. 'Los cielos pregonan la obra de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos, el día transmite al día su mensaje, y la noche a la noche le pasa la noticia. No son discursos ni son palabras', [el texto de la Vulgata me gusta más que la versión de Nacar Colunga]. "No son habladurías ni charlas de las cuales la voz se pierde y no se oye," porque día a día irrumpe, grita el Verbo. Entérense, es una obra



magnífica.

Hans Urs von Balthasar el gran teólogo suizo [publicó] una Trilogía Teológica. Intenta presentar, de una manera muy moderna, pero nada errónea ni contaminada con filosofía extrañas, el problema de la divinidad al hombre contemporáneo, refiriéndose primero a la belleza de lo divino. El primer tratado de esta trilogía se llama "Estética Teológica". El segundo trata el problema del hombre que se rebela frente a Dios y vive su drama, tiene por título "La Dramática Teológica" y el tercero habla del profundo sentido, de la sabiduría de Dios, del Logos inmanente de Dios que se refleja en su creación y lo llama "Lógica Teológica". [...] La primera parte que a su vez está concebida en tres partes tiene por título: "La Magnificencia".

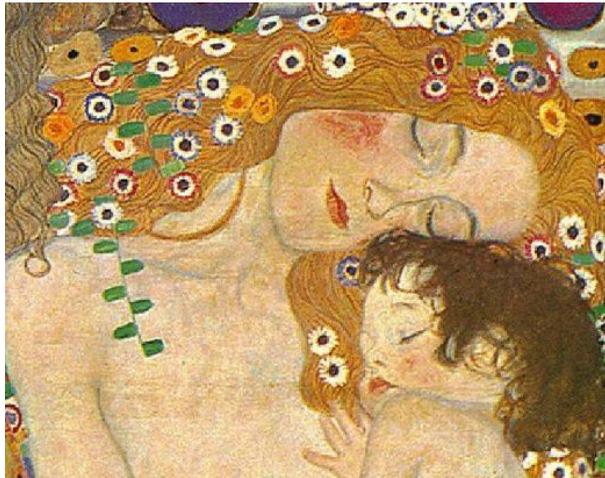
"Son grandes, magníficas, las obras del Señor", dice el Salmo. Magnificencia, significa también en cierto sentido, generosidad. Dios es superlativamente generoso. Platón en el Timeo afirma que Dios es sin envidia. Dios es incapaz de mezquindad porque es superabundante. "Los cielos pregonan la gloria de Dios". Todo ser creado está consti-tuido entre dos intelectos: el intelecto del gran artista que es que Dios y el nuestro que contempla su obra y su profundo sentido. Como esta obra está hecha por un artista incomparable e inagotable, todo ser implica un misterio, una hondura, que no se puede agotar. San Agustín nos ha dejado una frase que hace referencia claramente a esa realidad: "Fons vincit sitiente" (Sermo 159), la fuente desborda al sediento. El sediento acude a la fuente, pero es tanta el agua que brota de la fuente que lo desborda. Pablo VI cuando era arzobispo de Milán usó esta frase en un discurso a los estudiantes de teología que estaban por ordenarse para insistirles en que jamás tomaran la administración del ministerio sagrado como rutina, para que descubrieran siempre algo nuevo en esos ritos sagrados, para que vieran en esos misterios siempre algo que antes no habían percibido porque la verdadera actitud frente a ellos es la que señala San Agustín: "Fons vincit sitientens". Pero esto es así no solo en relación a la realidad sobrenatural sino también a las realidades naturales. La realidad misma nos excede. Piensen ustedes en la inagotabilidad de cualquier problema científico: jamás se llega en ningún campo a decir la última palabra. No hay saber exacto. "Exacto" significa en latín expulsado: hemos sacado todo y no queda nada adentro. No se alcanza jamás un saber exacto acerca de nada porque siempre es posible una investigación ulterior, una penetración más profunda. La realidad es inagotable y la historia de la ciencia lo demuestra. Nunca se ha agotado ningún problema y cuando se piensa que se ha llegado al fondo del asunto se abren nuevos horizontes. ¿Por qué sucede eso? Porque del otro lado, enfrente y dentro de nosotros no hay oscuridad sino una inmensa luz: ¡riqueza y abundancia! (...)

San Buenaventura redactó en términos filosóficos y teológicos el pensamiento de San Francisco de Asís. Hoy San Buenaventura no goza de popularidad, pero su pensamiento es interesante y actual. Su obra mayor se llama: Itinerario de la mente hacia Dios. La gran tesis de esta obra es que hay que "entrar en el camino de Dios". Podríamos decir que la existencia de Dios se alcanza a descubrir partiendo de cualquier realidad, de modo que, para un espíritu y un corazón purificados, cada ser, cada faceta de lo real, delata en secreto la presencia de su Creador. Por eso la dialéctica de su Itinerario tiende más a multiplicar las perspectivas desde las cuales podemos contemplar a Dios que a constreñirlas a un escaso número de vías. Toda cosa real contemplada en espíritu de pobreza nos puede llevar a Dios. En el fondo, dice San Buenaventura se trata principalmente de no tener escamas en los ojos. Cuando hayan caído las escamas se verá a Dios en todas partes. Dice textualmente: "El resplandor de las cosas nos lo revela si no, Estamos sordos. Hay que estar mudos para no alabar A Dios en cada uno de sus efectos y locos para no Reconocer el primer principio teniendo tantos indicios".

El ateísmo se instala especialmente en nuestra época porque se ha perdido el sentido de creación. Cuando las cosas son solo cosas, cuando todo se ha cosificado, reificado: Dios ha muerto. Dios ha muerto, de manera eutanásica, sin dolor. Se ha matado el sentido de la creación y el Creador se ha hecho superfluo. ¿Para qué hablar del Creador si nosotros manejamos y manipulamos el material sin mayores problemas? De esta manera nos hemos condenado a la chatura. Y la chatura es algo tremendo porque genera indiferencia. Se habla por ejemplo de la pornografía, del desorden sexual, de la droga, el alcohol y otros estimulantes. Pero ¿por qué hay tal necesidad de excitantes? Por aburrimiento interior. Se persigue a los traficantes de drogas, se lucha contra la pornografía, pero eso hubiera sido necesario si se hubiera combatido antes el aburrimiento y la

indiferencia. Es el aburrimiento el que exige la necesidad de excitantes. El hombre no quiere morir y la indiferencia y el aburrimiento significan la muerte. Desde Aristóteles hasta Weber y los sociólogos más recientes, se ha enseñado que la vida es diferenciación y que la indiferencia es la muerte. Cuando el cuerpo es indiferente no reacciona más, muere. La total indiferencia es la muerte. Por eso la naturaleza humana huye de la indiferencia y busca los excitantes. Así le ocurre a una juventud indiferente, aburrida, físicamente satisfecha, pero pobre en ideas y en sentimientos, con abundancia de medios y escasas de fines y ausencia de valores que arrastren por su peso. Recuerdo un chiste que vi hace muchos años en una revista norteamericana –me parece que en "Collier's-. Había dos viñetas, dos dibujos de la Navidad. A unos chicos pobres les regalaban un autito que tenía tres piolines para llevarlo y exclamaban: "¡Qué lindo! ¡Qué bien! ¡Hasta tiene tres piolines!" Y en el segundo dibujo había una montaña de regalos bajo un árbol de Navidad y un chico gordo que les echaba una mirada cansada diciendo: "¿Y cuándo llegan los Reyes?" Al prescindir de la visión creacionista, Dios se hace superfluo y se entra en una indiferencia en la que nada vale de por sí. El ser, la realidad son amputados de su consistencia profunda. Los valores no valen en cuanto tales porque no son vistos como creados por Dios, como algo de por sí finito pero que tienen raíces infinitas.» Emilio Komar, *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2015, p. 39-40; 44-45

39. "La sencillez y la unidad"



Donde todo es proceso, donde todo es pasaje a otra cosa, no hay sencillez ni unidad. La sencillez es una especie de unidad impresa en un conjunto de cosas diferentes. Es decir, si hay una unidad en la diversidad podemos hablar de cierta sencillez, pero si algo es absolutamente diversificado, no es sencillo, salvo en un detalle desglosado del conjunto. Pararse, contemplar, deleitarse, lleva a la unidad y a la sencillez. Un puro transcurrir disuelve la unidad y la sencillez. La gente siempre se queja porque se dispersa, porque no llega a nada, porque siempre cambia a otra cosa, se mueve y precisamente por eso es infeliz. La gente feliz lo es porque «para», se detiene. Se dice corrientemente: 'Fulano para en tal bar'. Parar significa encontrarse con unos amigos y estar cómodo, uno no 'para' donde no lo está. Si uno no para en la familia, si no se queda con su mujer y habla con sus hijos, si no le gusta quedarse detrás del escritorio y estudiar, es que no puede profundizar y disfrutar. Una persona me contó que tuvo que hacer unas impresiones en una imprenta importante. Cuando llegó el imprentero daba órdenes a uno y otro linotipista y cuando vio que tenía un cliente nuevo le pidió que esperara. El cliente pensó que no iba a entender lo que le tenía que explicar porque parecía muy en otra cosa. Pero cuando le presentó el trabajo, paró todo lo que estaba haciendo, se sentó y se concentró en él, porque como buen artesano gráfico le gustaba comprender, le

gustaba lo que hacía. Entonces el cliente se convenció. Ese también es un momento de felicidad, si a él no le gustara, no disfrutara de eso, no podría parar, quedarse. El que no disfruta trata de pasar a otra cosa cuanto antes. La felicidad y el parar están íntimamente unidos, pero uno no puede parar si no recibe algo. Se puede parar cuando hay gozo y hay fruición. La fuga está impulsada por falta de fruición." (Emilio Komar, *Curso de Metafísica*, III Primacía de la contemplación, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2008, p. 87)

40. Participación y presencia:

"En una civilización fuertemente dominada por el descreimiento, la percepción de la realidad como creación forzosamente decae, y los seres son considerados como meras cosas, lo cual entorpece la comunicación y favorece las relaciones de dominio.



Una persona que siente que quieren dominarla, automáticamente se cierra. Todo se nos cierra, los animales, las plantas, las máquinas, es decir, es necesaria una cierta apertura, no la búsqueda de sometimiento, porque si no las cosas no se nos revelan. La incomunicación a veces procede de esta grave fuente que no se puede solucionar con técnicas porque no es cuestión de técnicas sino de una actitud existencial profunda. Las mejores técnicas de comunicación no tienen ningún sentido por si mismas. Hay

que ser un behaviorista de dimensiones muy reducidas para pensar que sonriendo y tuteándose la gente se abrirá, la gente no se franquea por eso, tiene que haber razones suficientes para que uno se abra, si no, no se abre, especialmente si se percibe un intento de dominio o manipulación; pues detrás de esa diplomacia chabacana uno percibe que la intención no es pura, que la intención es de manejo. La incomunicación se ha convertido en el verdadero infierno de nuestra época. Las películas de Bergman y la obra de Sartre 'A Puerta Cerrada' son testimonios de la incomunicación actual. [...] Es la figura literaria del principio sartreano que dice que 'el infierno son los otros', porque cuando les corremos detrás se nos escapan y cuando les huimos se nos pegan como algo viscoso, no podemos despegarnos de él. 'A Puerta Cerrada' es una especie de tortura de Tántalo porque cuando necesitamos resultados no los hay. La literatura contemporánea está llena de estas obras. Entre los escritores argentinos la incomunicación está muy bien presentada por Carmen Gándara en la novela 'Lugar de diablo', allí describe el 'cóctel de los muertos', una reunión social y dice: "La ronda humana del cóctel tiene el ritmo y la figura del desencuentro, ninguna frase esperaba respuesta, nadie contestaba a nadie. Los invitados con tácito acuerdo hacen de esos momentos de extremado absurdo una evasión, una defensa. El elegante y organizado caos mundano y convencional sirve para atrincherarse tras una aislante incomunicación que permite volverse transitoriamente invulnerable. En este clima, donde es posible estar sin de veras estar, mirándolo y escuchándolo todo sin mirar ni escuchar nada, sin que ninguna palabra jamás alcance, donde todo es movimiento, efervescencia y ligereza, allí irrumpe invasora la banalidad que todos quieren acallar, los vulnerables invitados descubren como en un nuevo festín de Baltasar que han sido pesados, medidos y divididos, están muertos, es un cóctel de muertos. Si la búsqueda del bien desordenado, la persecución de la ausencia del bien, la adoración de los ídolos de oro y

plata, de bronce y de hierro, de madera y de piedra, que no ven, ni escuchan, ni comprenden, ha cegado en los invitados la fuente de la vida. Isabel vio lo que esta mirada veía, vio la imagen de su propia vida, el espectro atroz de su vida muerta, la mirada del convidado que es nadie. La mirada de Isabel Duarte converge sobre la decisiva elección que en el fondo de cada espectro determina la imagen presente y tal vez futura del propio ser. Los invitados de Isabel Duarte están muertos, la vida huyó porque bien y vida son manifestaciones de un mismo existir y los convidados del cóctel eligieron negar el bien y se internaron en la ausencia. Todos llevan ausencia de la vida, la sensación fría de su contacto enroscada en el alma como una víbora dormida.' El problema de la comunicación es cosa de todos los días también en un establecimiento educacional, tanto los padres como los maestros y alumnos, todos se quejan de esto, falta de comunicación. Nos hablan de algo y eso no nos llega, y ¿por qué? porque no hay amor ni interés de ninguno de los dos lados. Los alumnos quieren recibirse, hacer una práctica burocrática más o menos complicada que lleva a la obtención del diploma, y los profesores cumplen con el horario, los reglamentos, la planificación ministerial y nada más. Detrás de esto y si quisiéramos entrar muy adentro, encontramos el problema metafísico de la participación y presencia." (Emilio Komar, *Curso de metafísica* 1972-1973, Vol.II Participación y presencia, Bs.As., Sabiduría Cristiana,2008, p.11-)

41. Presencia y Participación



“El planteo es sencillo: si mi prójimo no es profundo, si es agotable, es imposible estarle presente a él, a su realidad, y es imposible participar de su realidad, porque todo lo que puedo conocer se reduce a un conjunto de nociones manejables. Puedo decir que lo conozco 'de memoria', y si así lo conozco no puede ofrecer mayor interés para mí. Es como enseñar los elementos que componen la poesía de Machado o Rubén Darío, aprendemos todo pero no nos queda nada de la poesía, eso es neopositivismo. Demostrar que no hay fondo, que la emoción es algo relacional, estructural. Es como intentar describir a una persona diciendo que vive en el décimo piso de la casa, número tal, calle tal, arriba vive tal persona, abajo tal otra, eso en cuanto a su ubicación, con respecto a su empleo: trabaja allí, colabora con aquel, etc., y la gente muchas veces se queda conforme con esa descripción. El positivismo es relacionismo y antisustancialismo o antipersonalismo. Mucha gente piensa de manera positivista, si no puede ubicar a una persona, por ejemplo, dentro de un partido político, la considera un monstruo. Yo he visto destruir la poesía de Rubén Darío, analizada minuciosamente, por ejemplo, en los libros del secundario, donde todo se explica por relaciones por detalles, y cuando uno termina de estudiar el manual, la poesía ha sido totalmente anulada. Una obra de arte, un lienzo o una sinfonía, no es una cosa que podamos 'agarrar', allí hay

algo más, algo que palpita, a medida que la obra es más profunda es menos 'agarrable'. Por eso podemos leer libros como 'La guerra y la paz' cien veces y siempre encontrar algo nuevo. Es por eso que Don Quijote alimenta el espíritu de tantas generaciones. Si analizamos el problema del positivismo desde el punto de vista de su antiparticipación o, mejor dicho, como una filosofía de la no participación, este aparece en su justa dimensión. Una de sus consecuencias es entonces la incomunicación. Si trasladamos nuestra reflexión de los poemas a las personas, ¿cómo se puede gozar de la otra persona? Sin embargo, se puede gozar muchísimo, en la medida que la persona sea auténtica. Antes de venir para acá, el otro día, cené en un lugar de la Avenida Santa Fe, y al lado mío se sentaron cuatro españoles que comían pescado. Era una fiesta de colores y de insultos, porque se insultaban cariñosamente; después pasó una chica, la llamaron y le ofrecieron un bocado, era todo un espectáculo. Y precisamente la convivencia humana consiste en eso. Si yo no gozo de la presencia de mi compañero, de mi esposa, de mis hijos, si además de eso tampoco las plantas me dicen nada, ni los animales, si no tengo vida religiosa ni poética, ¿dónde está la aventura de vivir? El positivismo es justamente eso: la negación total de participación. La dialéctica de la mala infinitud se exagera y empuja hacia adelante. El hombre sufre porque no se perfecciona, porque no se desarrolla. Si no puedo comunicarme con nada, ¿cómo voy a comunicarme conmigo mismo? Sin participación no hay presencia ni comunicación. La mentalidad positivista que ha penetrado en las costumbres universales generó esa gran crisis de comunicación. Madurar es perfeccionarse, realizar aquello que está implícito. ¿Qué está implícito en nosotros? Las virtualidades, que son profundas. Si no participo de mí mismo, no penetro en mi profundidad, no sé lo que soy y lo que pide mi ser. Puedo sentir tristeza por no haberme desarrollado más, pero no sé por qué estoy triste, y cualquier consuelo viene bien, pero con eso no maduro. Se ha dicho que el que toma el vino por el vino no corre ningún peligro,

pero el que lo toma por otros motivos corre grave peligro. De la misma manera el desorden sexual no es buscado por amor sino como sustituto de algo, se busca una emoción, un momento agradable y pasajero, y se pasa de una cosa a otra, siempre en la dimensión de mala infinitud y jamás en la de la buena infinitud. Por eso no es posible descansar en una posición atea, como afirma la tesis de Pieper, que vincula el descanso con el culto. En los pueblos de campaña los domingos todos concurrían al oficio religioso y por la tarde descansaban. Ahora, como no estamos a gusto en ningún lado, el domingo es inaguantable, y sufrimos la 'neurosis dominical'. Es imposible aguantar el domingo sin la buena infinitud, que relaciona lo finito con lo infinito. Se hace imposible la permanencia, se hace imposible parar. La incapacidad de parar en algunos ambientes es llamativa, tienen un apuro artificial, como el empleado que entra y sale del subte corriendo, y cuando llega a la oficina se duerme porque está cansado. Así no es posible que exista un hogar bien constituido, porque el hogar es un lugar de permanencia. No es que la técnica sea la causante de este apuro incesante, son los hombres que no paran los que construyen ese tipo de técnica. La técnica es una disciplina de medios, y podría haber producido medios para parar, pero la mala infinitud es inaguantable, de la misma manera que nos empuja adelante, hace imposible que paremos. No hay conocimiento y no hay amor porque el conocimiento es asimilación de la estructura del otro. El conocimiento es entusiasmante cuando es ulteriormente perfectible. En la medida que un conocimiento es falsamente perfecto y redondeado ya no interesa más. (...) El problema de aprender y recordar se soluciona fácilmente cuando interesan las cosas. Si no me apasiona lo que tengo que estudiar no puedo estudiar, el maestro es quien transmite la pasión, y si no, no sirve como maestro. En una estadística reciente de los colegios secundarios se descubrió que el 85% del alumnado odia la historia porque esa materia está mal dictada, en cambio, cualquier materia

dictada con entusiasmo, entusiasma al alumnado. El entusiasmo es la expresión afectiva de la participación, porque el entusiasmo es participación vivida, es pasión por lo divino que hay en las cosas. La palabra entusiasmo en griego quiere decir justamente locura divina.” (Emilio Komar, *Curso de metafísica* 1972-1973, Vol II: Participación y presencia, Bs. As. Sabiduría Cristiana, 2008, p. 212-219)

42. "La impotencia del poder"



Cuando una persona experimenta que la queremos, que no la usamos, que no nos servimos de ella, nos abre su corazón. De otro modo, lo cierra: el dominio siempre encierra, aísla. El poder es a menudo impotente. La gente piensa que teniendo el poder puede manejar la realidad arbitrariamente y no es así. En sus Memorias, Raquel, la

esposa de Mussolini, cuenta que a veces él se quejaba de que no podía controlar a sus ministros o no podía dominar a sus generales. Aparentemente poseía todo el poder, pero el poder extrínseco es, en realidad, débil.

Platón, en el Gorgias 508a, en un pasaje donde Sócrates discute con el sofista Calicles dice:

“Viejos sabios [los pitagóricos] han visto que el mundo es una armonía y que existe una amistad, una vinculación entre todas las cosas; entonces a este Universo lo han llamado Cosmos [que en griego significa orden] y no lo han llamado acosmión [desorden] y mucho menos acolasía [desnefreno], lo han llamado orden. Tú, en cambio, no prestas atención a esto y no te das cuenta que la adecuación, la proporcionalidad con este orden, [el acierto], pueden mucho; y tú propones la pleonexía [la prepotencia, el atropello, la voluntad de poder]. Y no te das cuenta que esto no es poder.”

El poder extrínseco es siempre signo de violencia. La fecundidad del verdadero poder depende del orden de las cosas. Cuando se respeta este orden la erogación del propio esfuerzo es inmensamente menor y el rendimiento inmensamente mayor. Esto es lo opuesto a la mentalidad política de Maquiavelo. El poder es objeto de adoración: se cree que desde arriba se puede todo.

Cuando entramos en contacto con las cosas y lo hacemos de acuerdo al orden natural, luchando por supuesto contra múltiples desórdenes, la misma realidad nos sostiene. Esa es la superioridad de cualquier realismo, sea económico, político, pedagógico o cultural. La libertad que así resulta es una libertad real, porque se inscribe en el orden del ser." Emilio Komar, *Libertad y liberalidad*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2017, p. 99-100

43. La libertad es generosidad

"La realidad como don: Leamos otro texto de von Balthasar:

“Dios es puro ser para sí, se basta a sí mismo y no necesita de ningún otro ser. Su luz infinita se consume en sí misma, no se pierde naturalmente hacia afuera y si debe ser comunicada sólo se revela por libre don.” Toda la creación encarna un carácter de don. Esta es una

doctrina que enseña a menudo el actual papá Juan Pablo II. La realidad posee tres características: Es icónica: todo es reflejo del Creador. Icono en griego significa imagen. Toda la realidad ha sido hecha reflejando el infinito ser del Creador.



Es lógica: toda realidad está impregnada de logos, de sentido, de razón, de por qué y para qué abundantes. Nada en el mundo es ilógico. El creyente que reza el credo dice de la Segunda Persona divina que es “Luz de luz”. Por eso, todas las cosas han sido hechas de la luz, y chorrean inteligencia por todos los poros. La realidad, en cuanto tal, es lógica. En este punto

Hegel estaría totalmente de acuerdo, en lo que no está de acuerdo es que esta lógica tenga un fundamento extramundano, trascendente. Es un don: porque la creación es libre, no necesaria. Toda la realidad creada es contingente; podría no existir y no es necesario que exista. En el Dios panteísta de Espinoza, que se identifica con la naturaleza, todo está dominado por la necesidad. En cambio, en una perspectiva creacionista, todo está impregnado de libertad. Es precisamente ese carácter de don y libertad que comunica a la realidad su liberalidad, reflejo transparente, participación en lo creado, de la infinita liberalidad de Dios. Cuando contemplamos los seres como creaturas buscando su verdadera esencia, penetrando en su ser hondo, no podemos sino toparnos con riqueza. La posesividad, en cambio, empobrece la mirada. En lo de que por sí es rico desconoce la riqueza porque desconoce la liberalidad. En este sentido hay que entender lo que dice el Evangelio:

“Como don lo habéis recibido, dadlo como don” (Mt 10,8). La contabilidad ahoga la vida: calcular es decir “Le doy para que me dé”. Generalmente se da de acuerdo a lo que se espera recibir. Sin embargo, hay un proverbio universal que dice: “es más dulce dar que recibir”.

El mensaje evangélico se comprueba especialmente en la vida intelectual. La vida intelectual cuando es auténtica es muy generosa. La avaricia intelectual consiste en no comunicar. La avaricia es siempre signo de una inauténtica vida intelectual. Algo similar ocurre en la vida moral. Cuando la virtud es auténtica es esencialmente generosa. Nietzsche que entendía mucho de esto, hablaba de la virtud como la virtud que se regala (schenckende Tugend)

Creación y libertad divina: Hans Urs von Balthasar: “Dios es puro ser para sí, se basta a sí mismo y no necesita de ningún otro ser. Su luz infinita se consume en sí misma, no se pierde naturalmente hacia afuera y si debe ser comunicada sólo se revela por libre don. La palabra creadora sea [fiat] que es la causa de toda la existencia exterior a Dios, solo puede ser palabra pronunciada en libertad absoluta. Así también la revelación de Dios contenida en la creación, por más que se cumpla en la naturaleza creada, sigue siendo una obra de la libertad y la creación del mundo es una obra de la libertad. De esta libertad habla toda flor, toda montaña, todo hombre; en cuanto creado, todo ser mundano revela en una forma libre, necesariamente al Creador. Pero revela, además, la falta de necesidad de la existencia creada y, por lo tanto, la libertad del Creador. Porque las creaturas, el ser creado, podrían existir o no existir. En tanto lo creado, conforme a su más íntima esencia, no puede hablar de otra cosa que de su Creador, reflejándolo de manera diluida, empalidecida, limitada, determinada. En el fondo todo lo que llega a nuestro corazón: la belleza, el sentido, la hondura de la creación, es de alguna manera reflejo del Creador. Su contingencia, es decir, el hecho de que podría no

existir es un valioso rastro para que el entendimiento creado comprenda necesariamente la existencia del Creador. Pero, sin embargo, esta revelación del Creador, necesaria en lo creado, llega al espíritu creado hasta el misterio insondable de su ser interior.”

Todo aquel que es libre posee un centro interior de iniciativa. Desde allí, lugar insondable, se produce el movimiento de generosidad hacia afuera.

“Ante la intimidad de la vida personal de Dios se detiene inexorablemente el conocimiento de Dios que arranca de la Creación (Pero hay una interioridad a la que este conocimiento no llega) y es necesaria una nueva revelación de la gracia para comunicar el permanente misterio al hombre abierto a la gracia lo que es Dios en su intimidad.”

Interioridad e irradiación: Aquí tocamos el tema de la intimidad o interioridad. La irradiación es también un tipo de generosidad. Cuando hay plenitud en un ser, ésta de alguna manera se irradia, se comunica hacia afuera. No hay irradiación sin interioridad porque sólo el ser que se posee a sí mismo puede dar. Nadie da lo que no tiene. Se quiere influir para tener poder, pero uno influye verdaderamente por lo que es y no por lo que dice. Si no somos lo que decimos, no influimos. La influencia es gran parte irradiación. Irradiación es un brindarse a los demás, no deliberado, sin propósito, de facto, de hecho. Edith Stein llega a la conclusión que la irradiación (Ausstrahlung) es, tanto mayor cuanto más uno está dentro de sí mismo y esto sucede desde la interioridad. Y desde allí atrae a los demás.

Interioridad y sociedad: La tragedia del sociologismo moderno se encuentra en su punto de partida tanto en Marx como en Comte. Ambos desestiman la interioridad del hombre y proyectan una sociedad construida ab extrínseco. Pero la vida interior –que no es necesariamente vida religiosa- de quien se experimenta recogido, que

piensa, reflexiona, que es sincero consigo mismo, es altamente sociógena, es esencialmente creadora de tejido social. El sólo hecho de estar juntos no implica sociedad. La verdadera sociedad surge desde el interior, de donde surge la generosidad, la liberalidad: es decir la libertad. También la auténtica libertad es sociógena, sin ella no puede haber sociedad humana. Es importante considerar estos temas desde la perspectiva de la Creación, entendida como don, como dádiva. Dionisio Areopagita, el gran filósofo y místico de la patrística griega, sostiene “Dios creó el mundo desde la abundancia de la pacífica fecundidad”. Así tocamos el fundamento de la relación libertad-liberalidad. Nos pone sobre la pista un hecho lingüístico: en latín se llama liberalitas (para nosotros generosidad) a la conducta propia del hombre libre. Sostuvimos que la libertad no es compatible con la rígida posesividad de la avaricia. Cuando poseo, retengo algo agarrado y no soy libre, no dispongo, pues quedo agarrado yo a mi vez. El avaro, el ávido no tiene bienes: los bienes lo tienen a él. El que es libre respecto de los bienes, dispone de ellos libremente.

Dios glorioso

Leamos un párrafo de Nicolás de Cusa:

“Que Dios glorioso es el comienzo, el medio y el fin de toda actividad humana.”

Dios glorioso es el comienzo. Al crear a cada persona individual, al crear su alma individual le imprimió su imagen. El hombre es ontológicamente y fundamentalmente imagen de Dios. ¿De qué Dios? Del Dios glorioso. Por ser imago Dei el hombre es imagen de Dios glorioso, pero por otro lado carga con la herida del pecado original y con los pecados personales que enturbian esta imago Dei, pero que no la anulan porque es indestructible, se encuentra en la raíz de su existencia.

La semejanza de Dios, similitudo Dei, resulta en cambio de la libre

colaboración con la imago Dei. Dios también es el medio. Pues todo cuanto existe es imagen de Dios y una ocasión para el desarrollo del hombre. La realización plena, la perfección consiste en una mayor semejanza con Dios. Dice Santo Tomás: “Cuanto mayor es la perfección de cada ser, Tanto mayor es la semejanza con Dios. “ Por eso también es la meta es también Dios glorioso.” Emilio Komar, *Libertad y liberalidad*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2017, pp. 33-35

44. La libertad de ser uno mismo



"Es oportuno recordar otro estupendo fragmento de Nicolás de Cusa que constituye una de las fundamentaciones metafísico teológicas de la libertad más importante del pensamiento. Es también una oración: 'De qué manera te darás Tú a mí sino me das a la vez a mí mismo a mí. Cuando descanso en el silencio de la contemplación, Tú, Señor, me respondes en mi interior diciendo: «Si tú fueras tuyo, también Yo sería tuyo.» Oh, Señor, suavidad de toda dulzura, pusiste mi libertad que sea si lo quiero, de mí mismo. De allí fluye que, si no soy de mí mismo, Tú no puede ser mío. Necesitas pues, la libertad, puesto que Tú no puedes ser mío salvo que yo sea también de mí mismo. Y porque pusiste eso en manos de mi libertad no me estás constriñendo, sino que esperas que yo elija ser de mí mismo.'

Nosotros nos elegimos a nosotros mismos y ni la enorme potencia de Dios nos puede obligar a que seamos nosotros mismos si no queremos

serlo. De esta manera la libertad del hombre participa de la infinita libertad de Dios. La libertad humana es una libertad radical, anterior al libre albedrío que es una aplicación de la libertad. La libertad de libre albedrío consiste en elegir entre esto o aquello, pero supone la posibilidad de iniciativa. Somos fuentes de iniciativa: algo que se parece al acto creador. Dios creó el mundo libremente; nosotros no lo podemos crear pero podemos libremente sostener actitudes henchidas de posibilidades negativas o positivas. Es más, somos centros de iniciativa aun cuando no queramos. Porque cuando no se quiere elegir, se toma la decisión de no decidir. Como decía, Maurice Blondel: 'no querer es querer no querer'.

Dios nos creó libres para que podamos ser 'de nosotros mismos', y si nosotros no somos de nosotros mismos Él tampoco puede ser nuestro, no puede dársenos. Cuando alguien golpea la puerta y no hay nadie en la casa termina por no poder entrar. Por eso la aceptación de sí mismo y la recepción de Dios son coincidentes. San Agustín, en los Soliloquios dice en forma de oración: 'Llámame oh, Señor, de vuelta de mis andanzas perdidas y yo volveré a mí y a Ti.' (Emilio Komar, *Libertad y liberalidad*, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2017, p. 128-129)